



FBI

The background of the cover is a dramatic, high-contrast illustration. It depicts a man in a blue shirt on the right, leaning over a table and holding a handgun pointed at a man seated on the left. The seated man is wearing a light-colored suit and a red tie, looking directly at the viewer with a serious expression. On the table are a plate of food, a glass, and a bottle. The scene is lit with a strong green light from above, creating a moody and suspenseful atmosphere.

La MUERTE
BLANCA

por Robert Deaf

ROBERT DEAF

LA MUERTE BLANCA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1). | 25. Una ciudad abierta (4). |
| 2. La hora gris (4.ª ed.) (1). | 26. Horas trágicas (7). |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2). | 27. La muerte alada (3). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 28. Doctor X (1). |
| 5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3). | 29. El coloso de hierro (6). |
| 6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1). | 30. Trampas mortales (5). |
| 7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2). | 31. Contrabando funesto (3). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 32. Nueva York-San Francisco (7). |
| 9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4). | 33. Entre rejas (1). |
| 10. La redada (2.ª ed.) (5). | 34. Muerte en el Caribe (6). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 35. Secuestro (5). |
| 12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2). | 36. El dueño del mundo (4). |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5). | 37. Hermano contra hermano (7). |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6). | 38. Filibusteros modernos (2). |
| 15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7). | 39. Palestina en llamas (3). |
| 16. Tánger (3.ª ed.) (1). | 40. La ley del terror (8). |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5). | 41. A la desesperada (5). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 42. La promoción de la muerte (6). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 43. Tinieblas (1). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 44. Espías en la noche (2). |
| 21. El delator (6). | 45. Fidelidad (6). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 46. Sin cuartel (7). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 47. Armour, expulsado (5). |
| 24. Persecución (5). | 48. La huida de Varka (3). |
| | 49. La Maffia (1). |
| | 50. Ala-ka, final de ruta (8). |
| | 51. Tras el telón de acero (6). |
| | 52. Gangsters de guante blanco (9). |
| | 53. ¡Acusado! (7). |
| | 54. Misterio en Viena (5). |
| | 55. El genio del mal (8). |

56. Hombres armados (10).
 57. Pavorosa elección (6).
 58. La bestia escarlata (3).
 59. Huelgas de ultratumba (11).
 60. S. O. S. (8).
 61. Billetes malditos (3).
 62. Camino de perdición (12).
 63. Camaradas enemigos (3).
 64. A la deriva (8).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada (3).
 67. «Kider» a sueldo (6).
 68. Muerte en el atardecer (4).
 69. Loup-Garou (3).
 70. Punto final (6).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura (13).
 74. El confidente (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco (5).
 77. El vengador negro (1).
 78. ¡Codicia! (8).
 79. Sentenciado (6).
 80. Secreto de Estado (4).
 81. Alias «Lugger» (6).
 82. Hora «D» (3).
 83. Carne de horca (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack el Invencible (1).
 86. Rastros perdidos (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Traición sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (5).
 90. Crimen y justicia (1).
 91. Hombres sin alma (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).
 93. La marca trágica (6).
 94. Misión suicida (4).
 95. Lucha a muerte (5).
 96. Rebelión (3).
 97. Hampa de frac (1).
 98. Caza mayor (4).
 99. La muerte falsifica ideas (15).
 100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición).
 101. De Harward a Quantico (16).
 102. El asfalto es rojo (5).
 103. Tragedia en Chinatown (14).
 104. Soborno (3).
 105. Vida en deuda (17).
 106. Aguas turbulentas (4).
 107. La araña verde (8).
 108. Contraespías (18).
 109. Noches de Nueva York (5).
 110. ¡Aniquilados! (19).
 111. La risa sardónica (3).
 112. Chantaje (4).
 113. Canon de protección (20).
 114. El misterio de los locos del aire (21).
 115. El hombre de Whitechapel (5).
 116. Al llegar la noche (8).
 117. Ciudad vertical (22).
 118. Hombres y bestias (1).
 119. La máscara (3).
 120. Destino manda (23).
 121. Sin esperanza (4).
 122. La tela de araña (24).
 123. Una sombra... (5).
 124. Sin nada que perder (4).
 125.—Fidelidad, Brabura, Integridad (3).
 126.—La ciudad prohibida (2).
 127.—Fatalidad (5).
 128.—Escalera de color (16).

EN PREPARACION:

Ojo siniestro.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alcy Benet. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Alvo Cortros. | |
| (9) J. L. Martin. | | |

I



L silencio era sepulcral. Los combatientes de uno y otro bando contenían el aliento en aquella oscura madrugada de la primavera de 1945. Ni un solo disparo. Parecía como si todos ahorrasen hasta la última bala, hasta la más mínima porción de energía, en espera del apocalíptico choque, cuya eminencia presentían se aproximaba. Densos nubarrones cubrían el cielo, presagiando la tormenta. En todos los corazones latía la tragedia.

—¿Qué hora es, sargento? —preguntó un soldado.

—Las tres menos diecisiete segundos.

Por instantes aumentaba la tensión del ambiente. Se aproximaba la hora H. Durante muchos días la habían esperado los soldados con temor, pero también con impaciencia. Era la batalla decisiva; los que salieran con vida no tardarían en regresar a sus hogares, en

poder abrazar a sus madres.

De súbito, el silencio fue roto por un estruendo infernal. Los cañones escupían fuego sin cesar. Centenares de aviones hicieron su aparición, sembrando la muerte por doquier.

¡Era la ofensiva!

A un centenar de yardas del río, en un improvisado refugio entre los árboles, unos hombres conferenciaban:

—A las tres y veintidós cesará el fuego artillero. Cada uno de ustedes, sargentos, al frente de sus respectivos pelotones, cruzarán el río en las lanchas de desembarco. No podemos esperar a que nuestros ingenieros tiendan puentes. A las cuatro y cinco, el Rhin debe estar cruzado. ¡Cueste lo que cueste!

Esta arenga se reprodujo simultáneamente en muchos lugares. Cada capitán dio instrucciones a sus sargentos. Centenares de ellos quedaron apercebidos; esperaban con el cronómetro en la mano.

—¡Las armas preparadas, muchachos! —advirtió uno de ellos.

—¿Falta mucho, sargento Moltey? —preguntó un soldado.

Tan repentinamente como se desencadenara, cesó el bombardeo artillero.

—¡Ahora! —bramó Moltey.

Una numerosa flotilla de minúsculas lanchas fue lanzada al río. Los soldados americanos las abarrotaban por completo. Desde tierra, las fuerzas de cobertura disparaban sobre los alemanes, los cuales habían centrado el fuego de sus ametralladoras y de la artillería ligera en el cuerpo de desembarco.

El Rhin adquirió pronto un aspecto trágico. Los defensores tiraban bien. La sangre comenzó a confundirse con las aguas en aquella ingrata madrugada.

—¡Animo, muchachos! ¡Ya llegamos!

Douglas Moltey, puesto en pie, en el centro de la embarcación, alentaba a sus hombres sin cesar de disparar.

—¡Cuidado, sargento! —exclamó uno de los soldados.

Moltey semejaba un loco o un suicida. Embebido en el ardor de la lucha, parecía olvidarse del peligro que le rodeaba. Y sin embargo, una y otra vez salía ileso de las ráfagas que le enviaban los enemigos, como si estuviese protegido por los dioses o aliado con el diablo.

Algunas lanchas alcanzaban ya su meta. Pero muy pocos

soldados lograron pisar tierra firme. Las fuerzas alemanas esperaban emboscadas, y sus bayonetas se clavaron en los pechos norteamericanos.

Sin embargo, con el sacrificio de los primeros se forjaría el triunfo de todos. Cada vez era mayor el número de los que alcanzaban la orilla oriental del Rhin. Muchas eran las lanchas destruidas por la artillería; miles los cadáveres arrastrados por las aguas. Pero mayor era la cantidad de hombres que se lanzaban al ataque, decididos a lograr en aquel frío amanecer, la victoria definitiva.

—¡A tierra! —La voz viril, enérgica, potente de Douglas Moltey siempre electrizaba a sus hombres.

El sargento fue el primero en desembarcar, siendo seguido por su pelotón.

Realmente, Moltey ofrecía una figura imponente; su poderosa complexión, su privilegiada estatura, los duros y enérgicos rasgos de su rostro, eran el reflejo exterior de su arrojo, de su hombría, de su arrolladora personalidad.

Una vez en tierra, Douglas se lanzó, como una incontenible tromba, hacia los enemigos que le cerraban el paso. Sus hombres le seguían entusiasmados.

—¡Con un jefe como éste, hasta el fin del mundo! —exclamó alguno de ellos.

Desde luego, hasta el más pusilánime se hubiese sentido contagiado del arrojo de Moltey. Su virilidad se imponía al miedo de los hombres.

Se generalizaron los combates al arma blanca. Los infantes americanos no disponían de material pesado; habían de luchar con sus metralletas portátiles.

—¡Aguanta, Percy; allá voy! —animó Moltey a uno de sus muchachos que se hallaba en difícil situación, acosado por varios enemigos.

Con la energía de diez hombres y la furia de un demonio, Douglas se lanzó hacia los alemanes. Varios de ellos cayeron; los demás optaron por una prudente retirada.

—Gracias, sargento. ¡He perdido la cuenta de las veces que me ha salvado la vida! —exclamó Percy, el soldado en cuyo auxilio había acudido Moltey.

Aquél gritó:

—¡Adelante! Los morteros del Tío Sam están cruzando ya el Rhin.

En efecto, llegaban las primeras armas ofensivas a la otra orilla. La aviación cooperaba intensamente. Los «Spitfires» de la caza británica ametrallaban sin cesar las líneas germanas. Tan bajas daban las pasadas, que más de un piloto fue alcanzado por disparos de armas ligeras. No importaba; en aquel cruento batallar no contaban las vidas, el material carecía de valor; tan sólo había de tenerse en cuenta la victoria.

Hacía muchas horas que se luchaba. El sol había logrado disipar las nubes de la noche, iluminando la dantesca escena. El resultado permanecía indeciso. Los alemanes se habían retirado unas cien yardas, pero no estaban vencidos, ni mucho menos.

Al sargento Moltey le quedaban cinco hombres. Percy, Mac Lear, Mernie... habían caído. Ellos no entrarían en Berlín entre el victorioso ondear de banderas.

—¡Moltey! —llamó una voz cercana.

—¡A la orden, capitán!

Douglas Moltey, reptando, sorteando las balas con la experiencia lograda en varios años de guerra, se aproximó al puesto de mando.

—Hay que tomar aquel «bunker». Mientras no acallemos sus ametralladoras, nuestro flanco no quedará cubierto.

—¡A la orden, señor!

Moltey inició el regreso hacia su posición. Los proyectiles silbaban sobre su cabeza. El sargento avanzaba indiferente, con la extraña psicología del combatiente veterano. Escuchaba las mensajeras de la muerte, cualquiera de las cuales podría chocar en aquel instante contra su pecho, con una sensación de habitualidad no exenta de osadía. Al fin, alcanzó su puesto.

—¿Novedades? —preguntó.

—Lucky ha caído, señor —le respondieron.

Douglas pudo contemplar al soldado Lucky, con la cabeza destrozada por un trozo de metralla. El valiente muchacho había servido a sus órdenes desde los días de Montecassino, en Italia.

—¡Vamos por aquel «bunker»! —ordenó Moltey.

Nadie dijo una palabra. Sin embargo, todos pensaron lo mismo. Cuatro hombres y el sargento... Más valía encomendar el alma a

Dios, aunque el sargento se llamase Moltey.

Douglas se puso al frente de su reducido pelotón. Llevaba la ropa sucia, desgarrada. Por un instante permaneció en pie. Ni el cansancio ni el lodo lograban disminuir la arrogancia de su figura.

—¡Adelante! —ordenó.

Comenzaron a avanzar, separados un par de yardas cada uno de los demás.

—¡Maldit...! —Clermont no terminó la exclamación. Cayó pesadamente a tierra, quedando inmóvil, con los brazos abiertos.

Aquella operación, a plena luz del día y con tan pocos efectivos, resultaba suicida. Moltey lo comprendía; temía por sus hombres, no por él; pero había recibido una orden. Era la guerra.

Los defensores del «bunker» combinaban su acción con otro grupo de alemanes. Douglas y su gente quedaron así sometidos a un fuego cruzado. Estaban a muy pocas yardas de su objetivo, pero quedaba lo peor. Ni un mísero matorral podría ofrecerles refugio en el espacio que aún habían de recorrer.

En aquel momento, un avión británico vino en su ayuda. Dio varias pasadas, ametrallando el fortín. Los alemanes que colaboraban desde el exterior en la defensa fueron alcanzados.

El sargento Moltey y sus tres hombres aprovecharon el instante. Todos ellos podían jurar que en su vida habían corrido más de prisa. Douglas llegó el primero.

—«Achtung»! —el grito de atención del soldado alemán llegó tarde. El disparo de Moltey le alcanzó en la frente.

Después, todo fue rápido. Douglas lanzó una granada de gases lacrimógenos. Unos momentos después, los alemanes comenzaron a salir del fortín. Pero no se rindieron. Luchaban bien. Completamente cegados, sujetaban sus metralletas fuertemente, junto al pecho, disparando, sin mirar, en todas direcciones.

Dos hombres del sargento Douglas Moltey perdieron la vida. Éste supo conservar la sangre fría, pese a la ira que le invadía. Afianzó bien la metralleta. Después, disparó. Volvió a disparar. Centenares de balas se incrustaron en los cuerpos enemigos, manchando de rojo los verdes uniformes. Muchos cascos de acero rodaron por el suelo.

Moltey, de dos saltos, llegó ante el «bunker». Comenzaba a disiparse el efecto de los gases. El interior ofrecía una visión

macabra. Hombres caídos en las posturas más inverosímiles. Sorprendidos por la muerte. Nadie vivo.

—¡Arpel! —Moltey llamó al único hombre que le quedaba.

Pero Arpel no respondió. Ni respondería. Douglas era el único superviviente de la operación.

En aquel momento, el estruendo de la batalla se recrudeció. Moltey, el sargento sin hombres, emplazó su ametralladora donde antes estuvieran las de los alemanes. Pero apuntando en dirección contraria.

No llegó a usarla.

Desde el «bunker» pudo contemplar cómo centenares de tanques alemanes avanzaban. Los «Junkers» bombardeaban las líneas aliadas y los «Messerschmitt» de la caza alemana habían entablado un feroz combate con los «Spitfires» ingleses.

Los alemanes se habían lanzado a la contraofensiva.

—Hay que retirarse algunas yardas, pero manteneos a toda costa en la cabeza de puente —fue la orden recibida por los norteamericanos.

El retroceso fue inevitable. La Infantería germana llegaba, avalancha tras avalancha, Moltey comprendió rápidamente la situación. Había quedado aislado, detrás de la línea del enemigo. Pensó, acertadamente, que lo mejor era tratar de pasar inadvertido; si lo descubrían, se defendería antes de morir; pero quizá no se fijasen en él. Confiaba en un rápido cambio de la situación.

Sin embargo, la variación no se producía. Durante toda la tarde, el signo de la batalla era favorable a los alemanes. Llegó la noche; las horas fueron pasando. Hacía casi veinticuatro que se combatía sin descanso, sin tregua. Los soldados de uno y otro campo estaban agotados, pero sacaban fuerzas de flaqueza; no había tiempo para relevos. Ni tampoco hombres. Toda la potencia bélica de ambos bandos se había volcado en la batalla.

Douglas Moltey permanecía alerta. Tenía que hacer grandes esfuerzos para no adormilarse. Eran demasiadas las emociones pasadas, aun para un hombre de una naturaleza tan excepcional como la suya. Sin embargo, haciendo sobrehumanos esfuerzos de voluntad, vigilaba. El menor descuido podía significar la muerte.

La lucha no cedía en intensidad. En aquel momento, un «Spitfire» fue alcanzado por un avión alemán. Entró en barrena. Por

un instante, Moltey temió que el aparato se estrellara contra el «bunker» que ocupaba. Afortunadamente, cayó como a media milla de distancia. Sin embargo, algo tocó el suelo a muy pocas yardas de Douglas. En la oscuridad de la noche destacaba muy bien la blanca seda del paracaídas.

—«Dort!» —advirtió un alemán.

Varias ametralladoras respondieron, concentrándose, en el paracaídas, a la voz de aviso.

—«Zaput!» —se oyó decir.

Ya estaba muerto. En la guerra no había piedad para el caído.

Por primera vez, Moltey asistía a una batalla como mero espectador. Ello le dio ocasión de pensar. La guerra era cruel. Se mataba y se moría. Nadie daba ni pedía cuartel, ni de uno ni de otro bando.

«Y, sin embargo —pensaba—, la guerra era bella».

Una sombra, junto al paracaídas, llamó la atención de Douglas. Sí; algo se movía. Debía ser el piloto, que no había muerto. Moltey no vaciló. Empuñando una metralleta, se arrastró hasta el exterior. La noche era muy oscura, pero los constantes resplandores del fuego artillero y de las bombas hacían muy arriesgada su empresa.

El piloto descubrió la sombra que se acercaba. Una pistola se elevó en su diestra.

—«England!» —dijo Moltey, en un susurro.

Por un instante, el aludido dudó. Probablemente sería un truco. Sin embargo, algo le decía que esperara. Así lo hizo, con el arma preparada.

Un minuto después eran dos los inquilinos del «bunker».

—Me llamo Harry Wear, sargento —dijo el piloto, a la vez que extendía su mano a Douglas Moltey.

Se saludaron.

—¿Cómo se libró usted de la rociada con que le obsequiaron los alemanes, capitán? —preguntó Moltey.

—La esperaba. Por eso, apenas toqué tierra, me alejé todo lo posible de la seda del paracaídas. Las balas silbaron a mi izquierda, incrustándose en la tela.

Moltey encendió un cigarrillo. A la luz de la cerilla pudo comprobar que el que hablaba era un hombre alto, delgado, de finas facciones; sus ademanes correctos y la pulcritud de su persona

delataban al elegante caballero, habituado a la vida social de cualquier capital. En todo caso, su personalidad contrastaba con la del sargento Moltey.

En aquel momento, varias granadas estallaron cerca del fortín. El piloto y Moltey se aprestaron a la defensa, pensando que habrían sido descubiertos por los alemanes. Repentinamente, Douglas se dio cuenta de la realidad.

—¡Es la artillería americana! —exclamó—. ¡Al fin contraatacan!

En efecto, las fuerzas yanquis presionaban de nuevo. Pulgada a pulgada, comenzaban a recuperar el terreno cedido la tarde anterior.

—¡Hemos de ayudarles! —dijo Harry Wear.

—De acuerdo, capitán —respondió Moltey—. Hostiguemos a los teutones por la espalda.

—Sabían que al dar a conocer su presencia, estando rodeados por el enemigo, se entregaban voluntariamente a una muerte casi segura.

—¡Fuego, yanqui; vamos por ellos!

—¡Dispara, inglés!

Ambos iniciaron un ataque concentrado sobre los contrarios. Aquéllos, cogidos por sorpresa, sufrieron elevadas bajas. Después reaccionaron y, poniéndose a cubierto, lograron estabilizar la situación.

—¡Ahorra municiones, inglés! Parece que a mis compañeros se les ha acabado la cuerda.

—Quizá tengamos que aguantar aún muchas horas.

Los disparos escaseaban. Ambas fuerzas contendientes reorganizaban sus cuadros.

—¡Quién estuviera en el Broadway! —exclamó Wear.

—¿Conoces Nueva York? —preguntó Douglas.

—Toda mi vida he vivido en los Estados Unidos, hasta que, al estallar la guerra, me incorporé a la

R. A. F.

Algunos enemigos se pusieron a tiro. Wear y Moltey dispararon sobre ellos. El piloto exclamó:

—¡Qué barbaridad!

Harry Wear llevaba cinco años combatiendo. Lo hacía con valor, pero sin agrado, sin entusiasmo. Desde el día en que se graduó en

Derecho en la Universidad de Pennsylvania, había servido siempre a la Justicia. Ahora creía seguir haciéndolo, pero no eran aquellos sus métodos.

—¿No te agrada la guerra? —inquirió Moltey, al tiempo de disparar su metralleta.

Wear también hizo fuego. Después respondió:

—Me repugna la violencia, el empleo de la fuerza bruta, con olvido de la razón. ¿Acaso a ti te gusta?

Harry y Douglas se tuteaban ya. Se habían hecho buenos amigos; en campaña, el tiempo no contaba.

—Admiro el vigor físico y me gusta emplearlo en causas que lo merezcan.

—¿Belicista, entonces?

—Preferiría otra profesión: luchar contra los enemigos de la sociedad.

En efecto, el temperamento sanguíneo, activo y valeroso de Douglas Moltey exigía acción, derroche de energía, de fuerza. En su cerebro comenzaba a germinar una idea, que aún no acertaba a concretar. Esa idea, sin embargo, decidiría su carrera en el porvenir.

—¡Duro con ellos, inglés!

Uniendo la acción a la palabra, Moltey disparó repetidas veces contra un pelotón enemigo que trataba de acercarse al «bunker».

Durante un rato, la situación fue muy peligrosa. Por fin, los contrarios tuvieron que replegarse para reponer bajas. No era fácil desalojar un fortín con tan sólo ametralladoras ligeras. Sobre todo, si estaba ocupado por Harry Wear, abogado y aviador, y por Douglas Moltey, de la Infantería norteamericana.

—¿Volverás a Estados Unidos? —preguntó el sargento.

—En cuanto acabe la guerra, si los alemanes no me liquidan antes.

—¡Mira, inglés!

La exclamación de Moltey fue debida al numerosísimo grupo de manchas blancas que repentinamente, después de pasar una formación de aviones, pobló el espacio.

—¡Tratan de cortarles la retirada! —respondió Wear.

En efecto, miles de paracaidistas habían sido lanzados sobre la retaguardia enemiga. La situación comenzaba a hacerse muy apurada para los alemanes. Sin embargo, el Alto Mando se negaba,

obstinadamente, a dar la orden de retroceso.

Los dos sitiados tuvieron, en los subsiguientes momentos de confusión, un rato de respiro. Durante unos minutos se olvidaron de ellos.

—Eso es que nos envían dos preciosos morenos —bromeó Moltey.

Evidentemente, eran dos viejos veteranos de la guerra. Ningún bisoño hubiese podido mantener una conversación trivial en medio del infierno que se había desencadenado.

Todas las reservas alemanas se habían lanzado sobre los paracaidistas. La lucha era enconadísima. Algunos de aquéllos habían logrado avanzar y se encontraban a muy pocas yardas del «bunker» ocupado por Moltey y Wear. Douglas y Harry cooperaban desde su fortín.

—Si no logran liberarnos, estamos perdidos —dijo Moltey—. Empieza a escasear la munición.

Wear no contestó. Toda su atención estaba concentrada en el desarrollo de los acontecimientos. Uno de los paracaidistas había quedado aislado de sus compañeros; una patrulla alemana se había interpuesto. Los enemigos disparaban sobre él, sin lograr acertarle. Corría como un diablo, en zigzag, burlando la puntería enemiga.

—¡Qué tío! —exclamó Harry.

Desde el «bunker» iniciaron un fuego cruzado contra la patrulla alemana, protegiendo al paracaidista, que trataba de alcanzar el fortín. Sin embargo, era difícil que lo lograra.

—Voy en su ayuda —dijo Moltey.

Harry, sin cesar de disparar, salió a campo descubierto.

—Vuelve, yanqui; os matarán a los dos.

—¡Quizá traiga correo ese tipo!

Repentinamente, un alemán salió de una hondonada del terreno. Por la espalda se abalanzó sobre el paracaidista, quien, cogido por sorpresa, cayó al suelo. El alemán levantó en alto su bayoneta, dispuesto a consumar su triunfo. Pero no llegó a clavarla en el pecho del caído: la ráfaga de ametralladora de Moltey le alcanzó en la cabeza.

—¡Gracias! —dijo el paracaidista, levantándose con rapidez. Pronto llegaron al «bunker».

—De seguir así, nos reuniremos un regimiento —dijo Moltey,

jocosamente.

—¿Acaso molesto? —inquirió el recién llegado, con hosquedad.

Douglas y Harry se miraron, desconcertados. ¡Bonita manera de agradecerles que le habían salvado la vida! El sargento tomó la iniciativa:

—Me llamo Moltey, y éste es el capitán Wear, Harry Wear.

—Mi nombre es Parotta. Soy de Chicago —respondió el paracaidista.

Era un hombre alto y muy corpulento. Su rostro reflejaba dureza y sus ojos eran fríos, crueles.

Una bala silbó muy cerca de Parotta.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—No proteste, hermano. ¡A nadie nos gusta la guerra! —Gruñó Wear, ya de mal talante por la actitud del paracaidista.

—A mí me gusta —contestó Víctor Parotta, en tono incisivo—. Me está enseñando cosas muy interesantes.

—Como no sea a no comer... —dijo Moltey.

Parotta respondió, con su todo desabrido:

—Cuando esta lucha, que a mí me importa un bledo, termine, comenzará mi guerra, la de Víctor Parotta. Utilizaré estas enseñanzas... He aprendido que matar no tiene importancia.

Ni Douglas ni Harry pudieron responder; en aquel momento, la batalla, que ya duraba dos días, hizo crisis. Por fin, la balanza se inclinó de un lado.

—¡En retirada! —ordenó el Mando alemán.

Un soldado germano quedó retrasado. Asustado ante el avance de los norteamericanos, se acercó, desarmado, al «bunker» ocupado por los tres sitiados.

—¡No disparen! —exclamó en lengua germana.

Se trataba de un chiquillo; apenas habría cumplido los diecisiete años. Sus cabellos eran completamente rubios; su rostro pecoso se contraía en sollozos de terror.

Moltey, en combate, era un hombre duro, fiero, cruel; pero también era leal, noble, valiente; por tanto, no fue extraña su reacción, cuando dijo, en un difícil alemán:

—¡Huye, desdichado! ¡Aún tienes tiempo!

El temperamento de Harry Wear era pacífico antibelicoso; jamás encontró placer en la violencia, en la guerra. Con leves

movimientos de cabeza, corroboró las palabras de Douglas.

El muchacho, como loco, salió corriendo en la misma dirección en que había venido. El miedo le daba alas y lo hacía, ciegamente, en busca de la salvación.

Víctor Parotta no dijo una palabra. Un rictus de maldad afeaba su rostro cuando levantó la metralleta. Apuntó cuidadosamente y disparó. El jovenzuelo cayó de bruces.

—¿Por qué ha hecho eso, Parotta?

Moltey era impulsivo; cuando hizo la pregunta, tenía el rostro congestionado por la rabia y la indignación. Apretaba los puños, tratando de contener sus deseos de abalanzarse contra el cobarde.

Parotta hizo un gesto de desprecio.

—Mañana —dijo—, el parte oficial señalará, orgulloso, una cifra de muchos miles de muertos. Coopero a aumentar esta cifra —concluyó, con cínico acento.

Pocos segundos después, la Infantería americana rebasó el «bunker». Estaban liberados. Se unieron a las fuerzas que avanzaban. La batalla fue una victoria completa.

Al poco tiempo, los «boys» norteamericanos entraban en Berlín. Entre ellos, Douglas Moltey, sargento de la Infantería norteamericana e impetuoso aventurero; Harry Wear, capitán de la R. A. F.

y pacífico abogado, y Víctor Parotta, paracaidista de los Estados Unidos, retraído y violento.

Así convergieron, por primera vez, los hilos del Destino de estos tres hombres.

¡ GRAN ACONTECIMIENTO !

Ante el arrollador éxito del

EXTRAORDINARIO NUM. 100 DEL F. B. I.

(a punto de agotarse su 2.^a edición)

EDITORIAL ROLLAN publica el

EXTRAORDINARIO NUM. 125 DEL F. B. I.

Fidelidad, Bravura, Integridad

se titula la grandiosa novela de 210 páginas,
escrita magistralmente por el famoso

F R A N K M C F A I R

II



L funicular eléctrico se detuvo en la estación terminal. Enseguida, sus portezuelas se abrieron, dejando paso, en medio de un bullicio alegre, a los grupos de esquiadores y esquiadoras que se disponían a disfrutar de unas horas de aire puro y sana diversión. Ellas, con sus diversos con matos alpinos, ponían una alegre nota de policromía que contrastaba con la blancura de la nieve.

Dan Epsilon fue uno de los últimos en apearse. No tenía prisa, al contrario de lo que parecía suceder a la mayoría de sus compañeros de viaje. Se disponía a cargar los esquís sobre sus hombros para cubrir la distancia que lo separaba de su club, cuando fue interrumpido por un hombre de mediana edad, pelo canoso, barba gris.

—¡Señor, señor! —dijo, con su voz chillona.

Epsilon se detuvo.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Los esquís, señor. ¿Se los llevo? ¿Le llevo los esquís?

Epsilon le miró con sorpresa.

—No; gracias.

—Haga ese favor a Borax, el pobre. Por unos centavos se los subiré hasta donde esté su club; por unos centavos, nada más.

Por fin, el interpelado accedió, posiblemente con el solo objeto de que el otro cesase en sus ruegos.

Durante la ascensión, Borax contó su historia. No sabía leer ni escribir y su lenguaje era muy rudimentario, lo reconocía. Harto de rodar de una ciudad a otra, de poblado en poblado, se había marchado a la montaña con un ermitaño. Aquél hacía oración; Borax vegetaba. Y ambos vivían de los medios que proporcionaba el primero. Un mal día, el ermitaño murió y Borax se encontró desamparado en el mundo, sin un solo conocido en toda la Tierra. No quiso volver a la ciudad. Ahora vivía de lo que le daban en clubs y chalets a cambio de los ínfimos servicios que prestaba, tales como dar de comer a los perros o transportar los sacos de patatas desde la estación.

Borax era ya muy conocido entre los concurrentes habituales de aquella estación de esquí. Todos sabían que era un infeliz, un pobre diablo, y solían ayudarle con algunas monedas.

Borax no había preguntado cuál era el club de Epsilon. Sin embargo, sin vacilar, se dirigió hacia el mismo.

—¿Cómo sabe que voy ahí?

—Usted estuvo aquí en la Nochevieja pasada, señor. Recuerdo que traía un «anorak» rojo —respondió Borax.

Epsilon no hubiera hecho el gesto de extrañeza que no pudo reprimir si hubiese conocido la prodigiosa memoria de su porta esquís. Éste tenía aquella facultad desarrolladísima, como consecuencia, quizá, y contrastando con el estado embrionario de las restantes potencias mentales.

Borax no era inteligente, pero era listo. Poseía la astucia del animal salvaje acostumbrado a luchar contra la rudeza de los elementos y a vencer en una vida dura. Borax se percató enseguida de que el hombre a quien acompañaba no estaba tranquilo, de que estaba carcomido por un desasosiego interior que se traducían en

insistentes miradas hacia atrás, como si temiese ser seguido.

Por fin, llegaron al punto de destino. Borax, servicial como siempre, acompañó al señor hasta el interior del refugio. Y Epsilon lo recompensó espléndidamente.

—¡Medio dólar! —El hombre de la barba gris no podía creer lo que veían sus ojos—. ¡Medio dólar! ¡Gracias, señor; gracias!

Borax decidió no alejarse mucho de aquel señor tan generoso. Quizá volviese a necesitar de sus servicios. El pobre hombre le deseaba con vehemencia. Se quedó por aquellos lugares, merodeando al gran caballero que le había dado medio dólar y procurando pasar inadvertido.

Con un suspiro de alivio, Dan Epsilon dio la vuelta al conmutador de la luz. La oscuridad invadió el reducido espacio de la habitación que en el club le habían asignado.

Dan estaba nervioso; tenía miedo. Durante la cena, había espiado a todos los demás huéspedes, tratando de descubrir a algún posible enemigo. Pese al no haber visto a nadie sospechoso, Epsilon no estaba tranquilo: Víctor Parotta le buscaba; había decretado su muerte.

Dan trató en vano de dormir. Sus nervios estaban deshechos. Y su conciencia, no demasiado tranquila. Los pensamientos de Epsilon retrocedieron a varios meses atrás. Recordó con pesadumbre el momento en que conoció a Parotta, los turbios manejos que entre los dos habían realizado, la violenta discusión final, la ruptura.

Todo sucedió el día en que Víctor Parotta ordenó a sus «gángsters» el asesinato del rey del caucho. Epsilon no tuvo noticia de ello hasta que fue un hecho consumado. Recriminó a Parotta, decidiendo separarse. Dan no era un hombre honrado y había hecho lucrativos «negocios» en unión de Víctor, dedicándose al contrabando de postguerra. Pero otra cosa era el derramamiento de sangre. Él no era un asesino.

Hacía rato que el silencio se había hecho en el club. Los socios dormían, preparándose para una jornada deportiva. Unos pasos apagados, sigilosos, sonaron en el pasillo. Epsilon se revolvió intranquilo en su cama. Hacía semanas que huía de Parotta. Aquél había decretado su muerte: era demasiado inteligente para dejar con vida a un hombre que sabía tantas cosas.

Se reprodujeron las cautelosas pisadas. Con el dorso de la mano,

Dan se secó el frío sudor que bañaba su frente. ¿Habría dado con él? En éxodo, había recorrido varias ciudades de los Estados Unidos. Pero Parotta, detrás, pisándole los talones. Por último, tuvo la idea de refugiarse en aquel lugar, en medio de las montañas, a las cuales se trasladó con todo género de precauciones, procurando no dejar rastro.

De nuevo, pasos. Dan temía a su antiguo socio. De todo corazón deploraba haber traspasado las fronteras de la ley, haber ensuciado su conciencia y su nombre. Por su propia culpa se veía ahora reducido a ser perseguido por un facineroso, sin poder pedir auxilio a la Policía, a la fuerza pública.

Se levantó. Lentamente, orientándose en la oscuridad, a tientas, buscó la puerta. Con todo género de precauciones, abrió unas pulgadas, escuchando con los cinco sentidos. Nada. No se oía el menor ruido. Después de echar el pestillo, se volvió a la cama.

Por fin, Dan Epsilon, rendido por la fatiga y el cansancio, se durmió; pero su sueño se vio turbado por pesadillas y horrores. Por fin llegó la mañana, y con ella, los ánimos volvieron a Dan. Mientras se afeitaba, tarareó una canción. Ahora se sentía a salvo y contento.

«Aquí estoy seguro. Por fin lo he burlado».

Hacía semanas que Epsilon no conocía la tranquilidad.

«Pasaré aquí algún tiempo y después cruzaré la frontera; me iré al Canadá con nombre supuesto».

Aquella mañana se celebraba la prueba del esquiador completo. Los participantes tenían que demostrar su entrenamiento en todas las especialidades del esquí. Y Epsilon, que era un buen deportista, se inscribió en la misma, pensando que, para pasar inadvertido, no habría como hacer lo mismo que los demás.

Llegó el momento. Aunque el cielo estaba cubierto y soplaba el viento; los organizadores decidieron que la prueba se celebrase.

—Los participantes saldrán de tres en tres minutos. No podrán desviarse de la ruta marcada, pues quedarían inmediatamente descalificados. Cada corredor está obligado a dejar paso al que lo pida...

Las instrucciones fueron leídas hasta el final.

Salió el primer corredor. El segundo, Varios más.

—El número nueve. ¡Preparado!

Dan Epsilon tensó sus músculos. Distendió los tobillos, comprobando que las ataduras, estaban perfectamente ajustadas.

—¡Ahora!

Epsilon, con una flexión de piernas, se lanzó adelante. La primera parte de la competición consistía en una prueba de habilidad. Mediante una serie de perfectas cristianías, Dan fue sorteando, en zigzag, las banderillas que le marcaban la pista. Aplausos del público acogieron el fino y depurado estilo —escuela suiza— con que Epsilon superó los obstáculos.

A continuación, un descenso de algo más de una milla. Dan se lanzó a pico. El viento cortaba su cara, mientras corría a una velocidad de cerca de cuarenta millas.

Llegó al final de la pendiente, pasando ante el juez, que anotó la hora, según su cronómetro. Epsilon inició la parte más trabajosa de la prueba: fondo. Habría de recorrer tres millas, la mayor parte cuesta arriba.

Se lanzó a ello con deportividad. Dan se sentía alegre. Una pesadilla se le había quitado de encima. Era libre. Al poco rato de caminar alcanzó a otro concursante, a quién rebasó. Era el número tres. Como todos los que participaban, iba ataviado con «anorak» azul y pantalones negros. En la espalda, un recuadro rojo, con el número en verde.

Comenzó a nevar. El viento arreció y la visibilidad se hizo mala. Cada vez se veía menos. Pero Epsilon continuó adelante. Se sentía rejuvenecido, feliz.

Casi había superado la prueba de fondo. Ahora había un pequeño descenso; después, bordearía, durante un centenar de yardas, un barranco, y finalmente, con la prueba de saltos, habría terminado. Seguramente, Dan se clasificaría con buena puntuación.

Al fin se encontró ante la cuesta que le conduciría al borde del barranco. La visibilidad era malísima, por lo que decidió, aun a costa de perder algunos segundos, bajar en cuña, practicando la técnica del «estemboguen». Abajo estaba el barranco, abrupto, casi cortado a pico, y no quería correr el riesgo de precipitarse por el mismo. Una caída de más de treinta yardas, para terminar estrellándose contra las rocas del fondo, no entraba dentro del programa ni le daría la victoria.

Avanzó, pues, con relativa lentitud, describiendo amplias y

suaves curvas, que quedaban marcadas por sus esquís sobre la nieve blanda que en aquellos momentos caía.

Llevaba recorrido la mitad del descenso, cuando se detuvo unos instantes a recobrar alientos. La prueba era dura y comenzaba a pesarle la ascensión anterior. Epsilon acusaba la falta de entrenamiento y la prolongada vida de ciudad.

El viento soplaba con intensidad y comenzaba a caer la niebla. Eso era peligroso hasta para el más avezado esquiador y más experto conocedor de la sierra. Si la niebla se echaba encima, lo mejor era llegar cuanto antes al chalet. De lo contrario, se corría el riesgo de extraviarse por aquellos parajes, con la posibilidad de no regresar nunca. Si caía la noche, el frío y los lobos eran malos enemigos.

Epsilon se subió la cremallera del «anorak» hasta el cuello. La niebla calaba hasta los huesos.

A través del desabrido silbar del viento, Dan creyó oír algún otro ruido. Sus ojos trataron de taladrar la espesura del ambiente. Como una sombra humana, pareció dibujarse, borrosa, unas yardas más atrás.

«Otro participante», se dijo Epsilon.

Y en el fondo, se alegró de encontrar compañía. Sin esperar, sabiéndose seguido unos pasos más atrás, reanudó el descenso.

—¡Oiga! ¡Pare!

La llamada llegó amortiguada a oídos de Dan. Tras un viraje hacia la montaña, después de derrapar una yarda, frenó en seco, demostrando su clase.

La figura de su seguidor se dibujó con algo más de nitidez. Epsilon comprendió que no se trataba de otro participante en la carrera, ya que no llevaba la indumentaria obligatoriamente prescrita.

Aquel esquiador iba completamente vestido de blanco. Ello explicaba que no lo hubiera visto antes, aunque estuviese muy cerca de él.

Yardas más abajo, una bandera roja indicaba el borde del barranco.

El hombre blanco se detuvo.

—Buenos días, Dan —habló con voz lenta, cínica, con un dejo de estudiada ironía.

A Epsilon le dio un vuelco el corazón. ¡Parotta! Ante él estaba su enemigo, cuando creía haberlo burlado, se encontraba ante él, indefenso, sin otras armas que sus bastones de esquíador.

Dan hizo ademán de reanudar la carrera.

—Cuidado; no tanta prisa. —Parotta hablaba despacio, con seguridad.

Las palabras de Víctor Parotta —o, quizá, la pistola que apareció en su mano derecha— convencieron a Epsilon de que no tenía ninguna prisa.

Dan estaba asustado. Era un hombre corriente, ni más valiente ni más cobarde que los demás. Ante Parotta, su jefe, sentía un temor casi supersticioso. La indudable personalidad de aquél se imponía sobre la gris, anodina, de Epsilon.

—Bueno... Víctor... hola —Dan trataba de aparentar serenidad.

Era un hombre alto y muy corpulento, vestido completamente de blanco, el que se hallaba, inmóvil, ante Dan. Pese al viento, amparándose en su «anorak», encendió un cigarrillo. La pistola la había guardado. No la necesitaba para dominar a aquel hombre atemorizado.

—Bien. Víctor; podemos hablar. Yo...

Parotta continuó inmóvil. Su mirada fría, cruel, permaneció fija en Epsilon. Tan sólo su mano izquierda se movía, de cuando en cuando, para acercar el cigarrillo a la boca. Hubiera sido difícil imaginar unas facciones más duras reflejadas en rostro humano. Una mueca de desdén se dibujaba en la boca del hombre.

La escena se prolongaba. Parotta, impasible; parecía una estatua de granito; incluso, el rítmico movimiento de su brazo acercando el cigarrillo a la boca daba una sensación de irrealidad, de mecanismo.

Epsilon se sentía vencido, incapaz de reaccionar.

—Escucha, Víctor: lo que te han contado es mentira; yo te explicaré...

Parotta continuaba impasible. El humo del tabaco salía pausado, casi solemnemente de su boca.

El tiempo empeoraba. No tardaría en desatarse el temporal. La visibilidad era casi nula.

—Vamos al club, Víctor. Después será tarde... Es peligroso permanecer aquí —la voz de Epsilon era insegura.

Parotta tiró la punta del cigarrillo. Un brillo siniestro refulgía en

sus ojos. Seguía inmóvil, mientras sus pensamientos retrocedían varios años. Recordó los duros días de la guerra; y los recordó sin pena, sin lamentar haber pasado por aquel difícil trance. La gran lucha fue para Parotta la línea divisoria que separaba dos épocas de su vida. En la anterior a la conflagración había sido un pobre diablo —siempre descontento y con muchos proyectos, era verdad, pero un pobre diablo—. Después del conflicto... todo iba bien; lujo, mujeres, vida de gran mundo... y todo gracias a su cerebro, a su falta de escrúpulos.

No pudo por menos de sonreírse cuando le asaltó aquel último pensamiento. ¡Escrúpulos!

«El cinismo es un corolario de la inteligencia», había oído decir muchas veces, generalmente a las personas que menos podían alardear de serlo.

Él sabía que lo era, y estaba orgulloso de ello.

Su sonrisa desapareció, endureciéndole el rostro, cuando recordó a aquel tipo, aquel sargento Moltey, junto al cual soportó, hacía seis años, en un «bunker» alemán, los horrores de la gran batalla. Ciertamente que Moltey le había salvado la vida, pero de aquello no se acordaba Parotta; tenía muy presente, en cambio, que era su rival, y no desafortunado, en los amores de cierta mujer.

Su rostro se contrajo. Aquel maldito Moltey era molesto... y peligroso. Lo primero, por el interés que demostraba por Lydia; lo segundo, por la profesión que había adoptado.

Parotta tenía decidido deshacerse de Moltey. Pero había de hacerlo con cautela, con precaución. No se trataba de un pobre infeliz como Epsilon. Y hasta que llegara el momento, seguía cultivando su amistad, así como la de Harry Wear, el otro compañero que conoció en la guerra. Los tres habían acordado en aquellas circunstancias, ya que vivían en la misma ciudad, cultivar la naciente amistad, y así venían haciéndolo desde hacía seis años, desde que finalizó la contienda.

—Adelante, Dan, adelante —la voz de Parotta, encubierta en acentos de cínica suavidad, parecía invitar más que ordenar.

—¡Pero, Víctor, yo te explicaré...!

—¡Vamos, adelante! —Víctor hablaba ahora como el jefe; volvía a ser el «boss», acostumbrado a hacerse obedecer.

—¡No, Víctor, no! ¡No me mates! ¡No me mates!

Epsilon perdió el control de sus nervios. Estaba aterrorizado y se sentía impotente ante aquel hombre de recia personalidad.

—¡Vamos! —ordenó Parotta, en cuya mano apareció de nuevo la «Luger»—. ¡Vamos!

—¡Perdóname, jefe; yo no te he traicionado, volveré a trabajar para ti... toda la vida... siempre! ¡Perdón, Víctor, perdón!

—¡Avanza o disparo!

Epsilon obedeció. Gruesos goterones de frío sudor bañaban su cuerpo, mientras impulsaba a sus esquís hacia el barranco. ¡El barranco! Sus ojos estaban fijos en él, como hipnotizado; no podía apartar la vista de aquella bandera tras la que estaba el precipicio.

Por fin llegaron al borde del mismo. Dan se detuvo, implorante:

—¡No, Víctor, no!

Parotta se aproximaba, pulgada a pulgada, con la «Luger» en la mano.

—¡Asesino! ¡Víctor Parotta: eres un asesino!

Epsilon daba alaridos de terror y estaba a punto de perder la razón.

Víctor esbozó una cínica sonrisa. Con su voz lenta, insolente, habló, en realidad, para sí mismo:

—Después de ti, Moltey. Lo mataré, y entonces estaré seguro, tranquilo. Además, Moltey morirá deshonrado, despreciado por la sociedad... Bueno; se acabó —agregó, de súbito.

—¡No, Víctor, no, no! —chillaba Epsilon, espantado.

—Lánzate al barranco, Dan; muere, al menos, como un hombre.

—¡No, no; perdón!

Parotta, irritado ante los alaridos del otro, alzó la pistola. ¡Cobarde rata! Ni arrestos para morir tenía.

Se oyeron dos detonaciones. Epsilon desapareció, tras perder el equilibrio, entre la niebla que ocultaba el barranco.

Víctor iba a reanudar la marcha con su calma habitual, cuando descubrió a aquel tipo, ese de la barba gris, que mendigaba siempre, que huía entre la maleza que bordeaba al barranco por el lado izquierdo.

Con una maldición, Parotta se lanzó en su persecución. Pero, tras varios esfuerzos fracasados por dar con él, hubo de desistir.

«Bueno —se dijo—; no es peligroso».

Aquel pobre imbécil, que le había pedido unos centavos, no le

conocía de nada. No sabía su nombre ni detalle alguno. Además, «Chimpancé» se ocuparía de él.

Parotta reanudó la marcha, deslizándose, raudo, sobre sus esquís. No fue a ninguno de los clubs de moda, sino a una pequeña y solitaria choza, en medio de un pinar, en la que un hombrecillo alimentaba una reconfortante hoguera en la chimenea. Al llegar Parotta, el pequeño individuo se levantó, adoptando una respetuosa actitud.

—¿Cumpliste las órdenes, «Dospíés»?

—Sí, «boss».

Era un individuo bajito, casi enano y albino.

—Repíteme paso a paso lo que has hecho.

—Ayer me presenté en el club, preguntando al gerente y a varias personas por Dan Epsilon. Insistí en que me dieran una habitación cerca de la suya. Por la noche pasé varias veces ante su cuarto y me vieron algunos socios.

—¿Y esta mañana? —preguntó Parotta.

—Fui a la pista y pregunté con qué número corría Dan Epsilon. Me dijeron que era el nueve. Después me informé detalladamente de cuál era el itinerario de la carrera. Luego desaparecí, siguiendo las instrucciones de usted, jefe.

—Bien, «Dospíés».

El hombrecillo ignoraba para qué había realizado tan extrañas maniobras. Su «boss» no se lo había explicado y él no preguntaba; sabía que era inútil. Además, el jefe pagaba, y eso era bastante.

Parotta se sintió satisfecho. Decididamente, era un hombre inteligente. La idea de hacer que «Dospíés» se significase buscando a Dan Epsilon había sido sencillamente genial. Cuando encontrasen al muerto, todas las sospechas recaerían sobre aquel enanillo albino, a quién, por otra parte, no encontrarían, porque él, Víctor Parotta, le ocultaría.

—Bien, «Dospíés» —repitió.

Decididamente estaba satisfecho. Era un genio.

Borax había presenciado la muerte de Epsilon. Aquella mañana se había apostado al borde del barranco, esperando hacer su negocio. Como viejo conocedor de aquellas montañas, presumió que se acercaba una borrasca y pensó que alguno de los concursantes que participaban en la carrera podría necesitar, cuando cayera la

niebla, un guía para volver al chalet. Incluso, con un poco de suerte, el corredor podría ser el señor que el día anterior le había dado medio dólar.

Así, Borax esperó pacientemente. Y contempló la muerte de Epsilon. No pudo reconocer al asesino. Pero en su memoria prodigiosa quedaron grabadas las frases que momentos antes de su muerte cruzaron Dan y el criminal.

«¡Asesino! ¡Víctor Parotta: eres un asesino!». «Después de ti, Moltey. ¡Moltey morirá deshonorado!».

A Borax no le fue difícil burlar a su perseguidor. ¡La montaña era su casa! Cuando se encontró a salvo, pensó, lo cual le costó mucho trabajo. Pero, al fin, llegó a tres conclusiones; si decía lo que había visto, se vería en jaleos con la «Poli» —Borax era lo suficientemente ignorante para odiar y temer a la Policía—, y el muerto, al fin y al cabo, no podría resucitar. El asesinado le había dado medio dólar; seguro que tenía más, y un muerto no necesita dinero. En tercer lugar, Borax pensó que habría de esconderse, pues el asesino le buscaría.

Así, Borax no dijo lo que había visto. Bajó al barranco y se llevó todo lo que Epsilon tenía de valor. Después, Borax se ocultó en sus montañas.

«Chimpancé», un guardaespaldas de Parotta, recibió la orden de su jefe de buscar a Borax, un hombre de mediana edad, pelo canoso y barba gris que deambulaba por aquellos parajes. La orden era matarle; pero «Chimpancé» no la pudo cumplir. Borax había desaparecido.

La Policía, después de investigar el crimen, llegó a la siguiente conclusión: «Homicidio cometido por un hombrecillo casi enano y albino, desconocido. Móvil; el robo, pues el muerto fue desvalijado».



¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

III



ARRY Wear había llegado a ser uno de los abogados más célebres y mejor pagados de Nueva York. Su indudable talento, su habilidad jurídica le llevaron con bastante rapidez a la cumbre de su profesión.

Sin embargo, poca gente hubiese reconocido en aquel hombre huraño, entristecido, al mozo valiente y audaz que combatió junto a Moltey y Parotta a orillas del Rhin.

Se sentía amargado, resentido contra la Humanidad, que no le trataba según él creía merecer. La situación se agravaba cada vez más; todos huían de aquel desagradable sujeto que tenía sarcasmos y frases hirientes para cuanto el mundo contenía.

La causa inicial de aquel estado de cosas era su padre. Un viejo neurasténico, lleno de manías, que se creía perseguido por todos y

que, poco a poco, había creado a su alrededor un ambiente malsano, que hacía peligrar la razón de cuantos le rodeaban.

Harry intentó ponerle en cura en una clínica, pero los médicos opinaron que aquello no tenía solución; la actitud irrazonada del viejo decidió al abogado llevárselo de nuevo a su domicilio.

Wear quería mucho a su padre; huérfano desde muy niño había concentrado en aquel anciano todo cuanto cariño era capaz de sentir, y al verle tal como era, un loco en potencia, un maniático irreflexivo, se encontró hundido, sin estímulo ninguno de la vida. Por eso, a pesar de su aparente éxito, Harry Wear era un fracasado.

Mantenía contacto con sus antiguos compañeros: con Parotta, encubierto bajo una máscara de hombre de negocios, y con Douglas Moltey, uno de los mejores agentes que tenía el

F. B. I.

Por una especie de sarcasmo del Destino, aquellos dos hombres, que simbolizaban el Bien y el Mal, la Ley y el Crimen, la honradez y la truhanería, estaban muchas veces juntos bajo un mismo techo, conversando y fumando, bajo la mirada inquieta del viejo, que parecía percibir la anormal situación con una perspicacia de neurótico.

El padre de Wear encontraba un poderoso aliciente en todo aquello. Odiaba a la Policía de un modo infantil, propio de su anormalidad, porque no hacía mucho tiempo un «cop» le había amenazado con detenerle y encerrarle si no cesaba en su manía de escupir desde su ventana a los transeúntes.

Desde aquel día, todo lo relacionado con la Policía estuvo maldito para el viejo Wear, y Moltey era agente, agente del

F. B. I.

—¡Me odian! —¡Quieren encerrarme! ¡Quieren matarme!

La idea obsesiva, tenaz, no dejaba un momento su cerebro enfermo, llenándole de excitación cada vez que Douglas visitaba su casa.

«Viene para espíarme; es malo y quiere encerrarme, quiere matarme. Por eso viene aquí; pero yo soy más listo que él, mucho más listo».

Y tomaba una actitud recelosa, expectante, disimulando, con esa astucia propia de los maniáticos, que acaba desconcertando a los mejores alienistas.

«Yo le mataré, acabaré con él. El maldito policía no podrá detenerme».

La actitud del «cop» que cortó sus desmanes, estaba latente en su mente. ¡Toda la Policía estaba contra él! ¡Querían encerrarme!

Una vez mezcló un veneno para los ratones en la taza del té del agente, pero comprobó que tomaba un gusto demasiado amargo, y que Douglas se daría perfecta cuenta del asunto.

—Eso quisiera él, tener una causa para detenerme, pero yo soy más listo, muy listo, el hombre más listo del mundo. Algún día le mataré, pero sin dejar huella, sin que lo perciba nadie.

Y fiel a este lema de disimulo fingía, con mucha repugnancia, una amistad que no sentía hacia Douglas Moltey, agente del

F. B. I.

El muchacho sentía compasión hacia aquel desgraciado y le trataba con consideración; no sospechaba el fondo maligno del viejo y comprendía el sufrimiento de Harry Wear, su compañero de armas, ante el estado de su padre.

Parotta cultivaba la amistad de Wear por motivos puramente egoístas; aquel consejero legal no tenía precio y el «boss» era demasiado astuto y demasiado cruel para no saber que le necesitaba o que le podía necesitar en un futuro.

Maldiciendo en su interior, aguantaba las impertinencias del viejo Wear que encizañaba cuánto podía, porque Douglas y él eran rivales en amor. Ambos cortejaban a la misma muchacha, de la mejor sociedad neoyorquina, y enamorados, cada cual según su temperamento, intentaban lograrla.

Moltey sentía su inferioridad económica; su sueldo de agente no se podía comparar con las fabulosas ganancias que el «boss» obtenía, pero era un hombre, y esa recia hombría le hacía destacar junto al tortuoso Parotta, porque el instinto femenino de la muchacha comprendía mejor la virilidad franca y noble del agente, que las artimañas fingidas del otro. Por eso, no abandonaba la pelea. Moltey era un luchador en todos los terrenos.

El viejo se divertía azuzándolos, haciendo crecer sus celos, con sus insinuaciones, y el mismo Harry había terminado por sentir una morbosa curiosidad en aquel asunto.

Su carácter agriado sentía una especie de compensación al ver el sufrimiento de los demás y notaba que aquellos dos hombres

sufrían, que sentían el latigazo ancestral de los celos y que, a pesar de su «cortés» actitud, deseaban luchar por la posesión de la mujer en que se habían fijado.

—Escúchame, hijo —le decía el viejo Parotta—. Él no jugará nunca limpio porque es... un policía. Nunca te fíes de los policías; yo los conozco bien... Nunca te fíes. Pero no desesperes; Lydia será para ti, porque yo te ayudaré... Yo soy el hombre más listo del mundo. Por eso me odian todos, por eso quieren encerrarme, pero... —se reía con una expresión pícaro en su semblante arrugado— no lo conseguirán. No lo conseguirán nunca. ¡Son torpes los policías! Déjalo en mi mano, pero cuando yo te avise ven enseguida. ¡Es para deshacernos de él!

Con Moltey fingía una amistad ficticia y le daba también consejos:

—La muchacha será para ti, tú eres más guapo, más viril que Parotta y eso es lo principal con las mujeres. Yo las conozco bien, yo soy el hombre más listo del mundo... no lo olvides. La Policía quiere encerrarme por eso, porque sabe que podría ser un criminal si yo quisiera y nunca me cogerían. ¿Te conté lo que me pasó con un asqueroso «cop»?

No podía alejar de su imaginación la escena del agente que le amenazaba, que quería encerrarle porque escupía a la gente. ¡Patrañas! Aquello era un pretexto, él sabía la verdad. Le odiaban porque era el más listo... el hombre más listo del mundo.

Parotta le miraba sonriendo, le hacía gracia aquel perturbado que le ofrecía ayuda; él no la necesitaba. Estaba dispuesto a que Douglas desapareciese del mundo de los vivos, pero le gustaría que las circunstancias le ayudasen. ¡Con el

F. B. I.,

no se juega!

Víctor sentía el temor de todos los maleantes, de todos los fuera de la ley, ante el temido organismo, ante la máquina inexorable que parece funcionar con fuerza diabólica, con un espíritu especial que no les hace fracasar jamás.

Y Parotta esperaba, esperaba. Ya llegaría el momento, porque, además, Douglas tenía que caer deshonorado, de tal manera, que su nombre no pudiese pronunciarse jamás con respeto; él sabía que Lydia sentía cierta preferencia no manifestada por él; sabía que las

mujeres sienten atracción por los héroes del
F. B. I.

¡Los héroes! Cuando él terminase con Moltey no sería precisamente un «héroe». Y esperaba, esperaba fingiendo que todo continuaba igual, aunque a veces se sentía tentado de estrangular con sus propias manos a aquel ser aborrecible, que una vez le salvó en la guerra. ¡Acabaría con él!

Harry no había tenido nunca suerte con las mujeres; el sexo débil huía de aquel hipocondríaco, de aquel hombre amargado que parecía esparcir efluvios de catástrofe a su alrededor. Era demasiado para cualquier chica soportar a su lado aquella constante pesadilla de maldad; para Harry todo estaba mal: era el típico hombre descentrado que no encuentra nada perfecto porque nada encaja con él.

Y Harry, a pesar de su posición y de su dinero, se consumía sin encontrar jamás una mujer que le mirase con algo distinto del interés o de la repulsión fijos en su semblante.

Por eso encontraba satisfacción al comprobar la rivalidad entre aquellos dos hombres. ¡La vida es sufrimiento! ¡Que se diesen cuenta aquel par de presumidos que parecían burlarse de él!

Aquella tarde se había reunido de nuevo aquel extraño grupo en casa del abogado. El viejo Wear estaba más excitado que nunca, sufría una de aquellas crisis que exacerbaba su neurastenia y tenía un brillo de demencia en sus ojos que contemplaban la reunión.

Parotta estaba radiante; aquella misma noche vería a Lydia en el Tatí Club, la muchacha se lo había prometido con un mohín delicioso, y cuando él le habló, mal claro está, de Douglas, había reído con cierto sarcasmo.

Douglas también estaba contento; Lydia le había dicho que aquella noche iría al Tatí Club y se lo había dicho con un mohín delicioso y con un brillo de travesura en sus ojos, cuando él mencionó a Parotta.

Ella, aunque parecía inclinada hacia el agente del
F. B. I.,

sentía una coquetería vanidosa al saberse cortejada por aquellos dos hombres, jóvenes ambos, y que suscitaban comentarios entusiastas en sus amigas. Por eso prolongaba la situación.

Harry estaba más sombrío que nunca; había pasado la tarde en

una reunión mundana, a la que asistieron muchachas bellísimas, pero que sistemáticamente rehusaron su compañía; al fin tuvo que conversar gravemente con un grupo de ancianos señores que comentaban con acritud la política sobre los impuestos.

¡Odiaba a los viejos! ¡Odiaba la política! ¡Odiaba a aquella juventud tan distinta a él! Nadie le comprendía, era un ser aparte, un ser separado de la sociedad, un solitario en medio del bullicio y de la alegría.

—¿Más té, Douglas? —preguntaba el viejo—. Anda tómallo, los policías tomáis siempre lo que es gratis, ¿verdad, Douglas? Claro está, anda, anímate que aquí no cobramos nada; llévate también algunos terrones de azúcar en el bolsillo, no miraremos nadie mientras los coges.

—Padre: eso no tiene gracia —reconvino Harry.

Parotta, sin embargo, reía de muy buena gana. Aquello era ofensivo para su rival.

—Nada de broma, hijo —el anciano les miraba con ojos brillantes, las manos temblorosas, la voz alterada—. ¡Él es un policía! ¡Y viene a encerrarme! —Ante un gesto de Harry, continuó —: Tú te habrás puesto de acuerdo con él, porque también me odias. Yo soy más listo que tú, mucho más listo... ¿No lo sabías? Seguramente querréis encerrarme hoy mismo. ¿Has traído a tus esbirros de uniforme, Douglas?

—Padre... padre —Harry se sentía cada vez más vencido por aquel constante sufrimiento.

¿Qué había hecho él para merecerlo? ¿Por qué la vida no le trataba como a los demás?

Douglas decidió terminar con aquella violenta situación.

—Tengo que marcharme —se levantó—. Hasta otro día en que tu padre esté de mejor humor.

El viejo Wear pareció enloquecer al oír aquello.

—No lo consientas, hijo. ¡Quiere traer a sus hombres! ¡Que no salga! ¡Quiere encerrarme!

Harry intentó calmarle.

—No, padre. Douglas es un amigo...

—¡Un amigo que quiere matarme! ¡Que me tiene envidia! Pero yo soy más listo ¡No lo consentiré!

Con un movimiento rápido se apoderó de la tetera de agua

hirviente y la lanzó contra el rostro del agente. Con la rapidez de reacción de quien tiene bien adiestrados sus reflejos, Douglas se agachó, evitando el artefacto; pero algunas gotas le cayeron encima, produciéndole un vivo dolor.

—¡Maldit...! Esto tiene que terminarse, Harry. Tu padre está cada vez peor.

Intervinieron los otros, apaciguándole, y Harry le condujo hasta la puerta, donde se disculpó nuevamente.

Douglas era un hombre de temperamento sanguíneo, y aquella brutal acción del neurasténico le había enfurecido algo. Se dominó, sin embargo; pero Harry, que permaneció unos instantes con la puerta entreabierta, pudo oírle gruñir:

—¡Vaya con el viejo! La verdad es que no sé para qué vive... para molestar a la Humanidad. ¿Por qué no le encerrarán?...

El abogado se marchó a la cama mucho más amargado. No tenía amigos; el mismo Douglas... No comprendió que aquello era un pequeño desahogo, una válvula de escape por dónde se iba el escozor producido por las quemaduras. Su hipocondría le hacía ver siniestros propósitos en aquellas palabras. Él y su padre eran siempre las víctimas; todos les odiaban.

A punto de llorar se marchó a la cama, abrumado por el peso de un destino que él creía horrible.

El viejo Wear pasó rápidamente, con esas reacciones casi instantáneas de los anormales, a una cordial y comunicativa alegría.

—La muchacha será tuya —decía a Parotta—. Yo ya tengo mi plan...

—¿Cuál es? —inquirió el «boss».

El viejo guiñó un ojo, añadiendo:

—Es un secreto, pero cuando yo te llame ven en el acto. ¡Lo hago para que tú disfrutes! Lo podría hacer solo; pero yo te quiero... te estimo. ¿Sabes por qué? Porque yo sé que tú también odias a la Policía. ¿Verdad, Víctor? ¿Verdad que los odias?

Parotta asintió con un gesto de fastidio. Empezaba a sentirse cansado de aquel maniático. Se despidió, marchando a su casa. El Tatí Club le esperaba, y en él, Lydia.

EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

IV



DOUGLAS aspiró con placer el aire puro de la calle. La fría brisa de aquella noche le devolvió rápidamente la serenidad. Hizo un gesto de pesar.

—No habrá más remedio que encerrarle.

Aquel pobre viejo Wear estaba cada vez peor. Antes o después tendrían que decidirse a recluirle en un manicomio. Moltey lo sentía por Harry; apreciaba a su compañero de armas y sabía que para Wear, su padre, era todo en esta vida.

—Será duro para Harry, pero no habrá otra solución.

Después sus pensamientos siguieron derroteros más agradables.

El semblante atractivo, delicioso de cierta mujercita se reprodujo en su cerebro. Sonrió.

¡Lydia! Aquella noche iba a verla... Inconscientemente, apretó el

paso.

Mientras caminaba hacia su domicilio, su imaginación creaba situaciones, incidentes, palabras... Cuando estaba a punto de abrazarla y ella, mimosamente echada sobre uno de sus hombros, le sonreía; el intemperante «claxon» de un «taxi» le devolvió a la realidad.

—«Cab», «Cab»!

Una vez instalado en el vehículo dio la dirección de su domicilio. Y agregó:

—¡Rápido!

Al abandonar la casa de Harry se había propuesto dar un paseo para hacer ejercicio; pero si el hombre propone... la mujer decide; ya no podía contener su impaciencia.

—¡La veré enseguida, cuanto antes!

La gran vitalidad de Moltey se reflejaba en todos los órdenes de su vida; cuando luchaba, lo hacía con energía, con valor y con la potencia de diez hombres y cuando amaba... amaba.

Miró su reloj; se sentía impaciente, anhelaba verla. Había tomado una decisión; aquella noche quedaría aclarado todo; ella tendría que decidirse por el indeseable Parotta o por él.

—¡Más deprisa, más deprisa! —anunció al taxista.

Le consumía la impaciencia.

Por fin, las divagaciones del agente especial fueron interrumpidas por el conductor del «taxi» que, tras un violento frenazo, advirtió:

—Hemos llegado, señor.

—Espere —ordenó Moltey.

Douglas entró en su departamento. Rápidamente se cambió de ropas, poniéndose las adecuadas al elegante lugar al que iba a ir. Minutos después se instalaba de nuevo en el coche.

—Al Tatí Club, Quinta Avenida —dijo.

Un cuarto de hora más tarde el agente del

F. B. I.

llegó a su destino. Con la naturalidad propia de un cliente asiduo entró en el salón. El Tatí Club era un «*cabaret*» de moda. A aquella hora, ya avanzada, estaba en todo su apogeo.

—Buenas noches, señor Moltey.

El «*maître*» que saludara a Douglas trató de encontrarle una

mesa. La tarea no era nada fácil, pues todas estaban ocupadas por elegantes damas y caballeros, la mayoría correctamente vestidos de etiqueta.

El ambiente era pesado. Centenares de cigarrillos contribuían a hacerlo aún menos respirable. Pero se agradecía el agradable calorcillo que allí reinaba, en contraste con la cruda helada de la calle.

Douglas miraba a todos lados buscando a alguien.

Su vista iba recorriendo mesa por mesa, haciendo una inclinación de cabeza cada vez que sus ojos se tropezaban con algún conocido. Por fin, convencido de que las personas que buscaba no disponían de asientos, se levantó, dirigiéndose a la barra.

El suelo estaba tan perfectamente encerado que era mucho más sencillo bailar que caminar en línea recta.

El agente especial hizo un gesto de satisfacción.

—Plevy —llamó, a la vez que apresuraba el paso.

Allí, junto al bar, estaba el hermano de Lydia, acaparando las sonrisas de una preciosa joven.

Plevy le vio aproximarse y, excusándose con su compañera, le salió al encuentro.

—¡Caramba, Dougly, pensé que ya no vendrías!

Plevy y Moltey se habían hecho íntimos amigos. Aquél veía con satisfacción el interés de Douglas por su hermana; le complacía tanto como le molestaba la asiduidad de Parotta.

Durante un rato los dos amigos bromearon amablemente. Plevy había presentado a su joven pareja a Douglas. En aquel momento el agente del

F. B. I.

bailaba con la muchacha, mientras Plevy les hacía gestos, simulando un amable enfado y una nada enérgica protesta.

Poco a poco, los espíritus de los concurrentes iban estando más optimistas. La alegría de vivir aumentaba a medida que transcurría el tiempo y que se consumía el alcohol.

De repente, el baile se vio interrumpido por aquel señor bajito que pretendía bailar él sólo un «mambo» para que la concurrencia «aprendiese». El individuo presentaba un aspecto altamente cómico. Embutido en su traje de etiqueta, respirando dignidad por todos los poros, lograba, si era eso lo que pretendía, provocar la hilaridad del

público.

El señor bajito logró lo que buscaba. La pista de baile quedó libre, para él solo. El resto de los clientes, como un coro de comparsa, le jaleaba y animaba a seguir haciendo el bufón.

Douglas reía de buena gana con Plevy y su pareja. También un agente especial del

F. B. I.

tenía derecho a pasar un rato agradable.

Pero la risa de Moltey duró poco. De repente, su gesto se endureció. Se irguió; aumentando su figura de volumen, había dejado de ser un hombre entregado a una inofensiva diversión. En aquel momento era, de nuevo, el hombre de presa, el temible Moltey, sargento de la infantería norteamericana o el no menos peligroso agente del Federal Bureau of Investigation.

Sus amigos, regocijadísimos con las payasadas del señor bajito, no habían observado cambio tan radical. Moltey se separó de ellos, saliéndose del corro formado por el público, que en aquel momento comenzaba a cantar a coro las canciones que el pequeño e improvisado «animador» les sugería.

Difícilmente logró abrirse camino entre la concurrencia. Su intento se vio dificultado por el hecho de que, aprovechando un momento de silencio de la gente, la orquesta había iniciado las primeras notas de una endiablada melodía moderna. El público se olvidó instantáneamente del señor bajito, que, rabiando y pataleando como un niño pequeño a quién dejan de mimar, se retiró a un rincón en el cual se sentó en el suelo.

La pista fue invadida de nuevo por las parejas que bailaban como frenéticamente, dando enormes saltos y violentos virajes.

Cuando Moltey llegó a la mesa que antes divisara, la encontró vacía. La pareja que la había ocupado había desaparecido. Seguramente estaría bailando.

Douglas se dirigió hacia la pista. En efecto, allí estaban. Ella, una bellísima muchacha rubia, esbelta, de grandes ojos azules. Su galán era un hombre muy alto, de rostro duro y complexión de toro: era Víctor Parotta. Moltey se acercó a ellos.

—¡Buenas noches. Lydia! —dijo, inclinándose cortésmente ante la muchacha.

—¿Qué tal estás Dougly? Me alegro de saludarte —respondió

ella con sinceridad.

—Bailemos, Lydia —intervino Parotta, a la vez que intentaba reanudar su interrumpida sesión de brincos.

—Vas a bailar conmigo, ¿verdad, Lydia? —El incisivo tono de Moltey asustó a la bella muchacha, que, hábilmente, se puso entre ambos.

—No empecéis otra vez. Ahora terminaré este baile con Víctor y luego lo haré contigo con mucho gusto.

—¡No bailarás con ese tipo en toda la noche! —aulló más que dijo el acompañante de Lydia.

—Mejor será que no te metas, Parotta.

Víctor Parotta rió cínicamente.

—¿Y por qué no, Douglas? ¿Tan irresistible te crees?

Moltey estaba haciendo verdaderos esfuerzos para contenerse. La ira le dominaba; tenía el rostro congestionado por la rabia y el furor. Odiaba a Parotta con toda su alma. Douglas estaba locamente enamorado de Lydia. Y Parotta también; quizá fuese lo único sincero en su cínica y ruin alma.

—¡Debo contenerme! ¡Debo contenerme! —se repetía Douglas mentalmente.

En efecto, Moltey comprendía que tenía que aguantarse. El más que nadie porque era un agente especial del

F. B. I.,

y, como tal, estaba obligado a observar una conducta más estrictamente correcta que los demás. Sin embargo, si algo no se podía pedir a un miembro del

F. B. I.

es que tuviera sangre helada en las venas. Ello iría en contra del temperamento de todos sus hombres, dinámicos, valientes, aguerridos.

—Bailemos, Lydia. No hagas caso de ese pobre diablo.

Con estas palabras, Parotta resolvió la lucha interior que consumía a Douglas. Cegado de ira, con toda la sangre agolpada ante sus ojos, se abalanzó como una fiera incontenible sobre su adversario.

—¡Detente, Douglas, detente! ¡Qué escándalo, qué vergüenza! —exclamaba la muchacha, abochornada por el espectáculo que estaban dando los dos rivales que se disputaban su amor.

Ninguna fuerza humana hubiese podido contener a Moltey una vez lanzado. La amaba, la quería apasionadamente y aquel tipo osaba disputársela en un plano de igualdad.

—¡Toma! —Douglas pegaba con violencia sin igual.

Los dientes del agente rechinaban cada vez que sus puños descargaban un golpe. A cada puñetazo que daba, Moltey pensaba en Lydia. Le pudría el alma que ella dudase. Ciertó que siempre le demostraba mucha simpatía, incluso preferencia...; pero vacilaba.

Luchaban como dos titanes. Ora caía el uno, ora caía el otro. Se levantaban bramando, rugiendo y echando espumarajos de rabia por la boca.

—¡Tenía ganas de que llegara este momento! —aullaba Douglas, jadeando.

—¡Cretino! ¡Siempre te he vencido con el cerebro y ahora te ganaré con los puños! —barbotaba Parotta.

El público contemplaba la escena, alborozado. Aquella noche era más divertida, más original que las demás. Una dama, que contemplaba el desarrollo de la lucha encaramada en una mesa y aplaudía entusiásticamente, exclamó:

—¡Dos buenos ejemplares de machos en lucha por su hembra! — La expresión no era elegante, incluso resultaba impropia en labios de tal señorita, pero era muy gráfica.

El gerente del local dio orden de cerrar las puertas. Era preferible soportar los gastos que los destrozos causasen a tener que provocar la intervención de la Policía y el consiguiente escándalo para el Tatí Club, que los periódicos se encargarían de airear. Además, conocía la condición de Moltey de agente del

F. B. I.

y no sabía qué resolución adoptar.

La pelea continuaba. Douglas sangraba por la barbilla. Pero su enemigo se encontraba en peores condiciones. Tenía una ceja partida y se le habían roto dos muelas. Sin embargo, cada vez luchaban con mayores bríos. Entre golpe y golpe, sus rugidos atronaban el elegante salón.

El director de la orquesta se mesaba los cabellos, desesperado. ¡Era la segunda interrupción aquella noche!

—¡Maldita sea! —exclamaba—. ¡Esos brutos, animales, que no me dejan desarrollar mi arte!

Al fin, Plevy intervino. Ya era bastante. En verdad, que había permanecido inactivo hasta aquel momento porque le regocijaba ver la paliza que recibía Parotta; pero ya era tiempo de acabar con aquello.

—¡Basta, Dougly! ¡Ayúdenme, señores! —agregó Plevy, dirigiéndose a algunos caballeros de la concurrencia.

Varios acudieron a su llamamiento, y entre todos lograron separar y sujetar a los dos colosos combatientes.

Ambos se miraban con rabia, con furor. Deseaban verse libres para reanudar la pelea; lucha a muerte, que dilucidaría cuál de ellos debía quedar vivo, ya que el mundo era muy pequeño para que cupieran los dos.

El silencio se había hecho en el local y tan sólo se oía el jadear de los contrincantes.

Lydia, en un extremo del salón, se sentía culpable, abrumadoramente culpable. Ella había originado aquel incidente con su coquetería; estaba decidida hacía tiempo y, sin embargo, había ido dilatando la situación, porque halagaba su vanidad al verse cortejada por los dos hombres.

«Soy una coqueta estúpida, no debí hacerlo».

Era cierto que en un principio había vacilado; y no por el hecho de ser Parotta más rico; no, pero... a Lydia, como a todas las mujeres, la gustaban los hombres osados, valientes. Admiraba a los jóvenes enérgicos y, ¿por qué no decirlo? a los decididos e invencibles muchachos del

F. B. I.

Lydia había soñado más de una vez con que algún arrogante agente federal se interesase por ella, y, cuando llegó la ocasión, había vacilado.

«Decídete, Lydia», la había dicho Moltey. Y ella, acariciándose coquetonamente los cabellos, no tuvo más remedio que confesarse que se encontraba muy a gusto junto a su galán; más, mucho más que cuando la cortejaba Víctor. Pero...

«Dougly —había respondido la bella rubia—: ¿por qué no cambias de profesión?».

«¿No me quieres, Lydia?». Y ella no tuvo más remedio que confesarse que sí, que lo quería. Pero entonces comprendió que una cosa era admirar héroes y otra tenerlos por marido.

En realidad, Lydia nunca había comparado a Moltey con Parotta. Sin duda alguna, prefería al primero porque le amaba, aunque quizá hasta aquella noche ella no lo había sabido.

Lydia se decidió. Había que acabar con aquella situación. Los dos rivales continuaban mirándose amenazadoramente, mientras seguían sujetos por los asistentes.

—¡Dougly, Dougly! —exclamó a la vez que corría hacia él. Y, con lágrimas en los ojos, corrió abrazarse a Moltey.

V



L viejo Wear espiaba con ojos saltones la esfera del reloj; hacía rato que su hijo había acertado. Ahora le tocaba actuar.

¡Había llegado el momento de demostrar que era el hombre más listo del mundo! En su cerebro, verdadero caos aquella noche, únicamente estaba clara, precisa, nítida, la idea de deshacerse de su enemigo el policía. ¡Ahora sabría aquel estúpido cuánto valía el viejo Wear!

Y además tendría público, porque necesitaba que aquella demostración fuese alabada, que alguien reconociese su astucia. A su hijo había que ocultárselo todo, Harry era un buen chico, pero tenía ideas anticuadas, estúpidas. El comprendía que les perseguían, pero tenía miedo de actuar.

«Yo no tengo miedo. Yo soy el mejor y esta noche lo

demostraré».

Cuando las manecillas señalaron la hora esperada, el viejo saltó de la cama, se arropó en su bata, se calzó sus zapatillas de suela de fieltro forradas interiormente de piel, sus zapatillas de viejo comodón, y salió de la habitación sin hacer ruido.

En el piso bajo tenía Harry el despacho y en él el teléfono. Marcó un número.

—¿El Tatí Club? Busquen al señor Douglas Moltey... sí; Douglas Moltey... Es urgente.

El policía estaba rodeado de un grupo de amigos que intentaban quitar importancia al incidente con Parotta.

—¡Nada; una pelea tonta! ¿Sabes que eres una fiera? —decía uno de ellos.

El agente pugnaba por serenarse porque aún sentía hervir su sangre en la excitación que le había producido la pelea.

—Todos podemos perder la cabeza cuando andan faldas por medio. Eso no tiene importancia, muchacho —sentenciaba el señor bajito que había hecho la anterior exhibición de baile.

—¡Llaman al señor Moltey!... ¡Llaman al señor Moltey...!

La voz del «botones» se dejaba oír monótona y persistente por el salón.

—¡Aquí! ¿Qué es lo que ocurre?

Douglas le hizo señas.

—Nada, señor. Le llaman por teléfono. Cabina dos. ¿O prefiere que le ponga aquí la comunicación?

—No hace falta; iré allí.

Se alojó con paso rápido, deseoso de escapar de aquel oficioso grupo que le aturdía con sus adulaciones. Alguien comentó:

—Este chico ha perdido la cabeza. Lo creo capaz de cualquier barbaridad...; no debíamos dejarle marchar.

—¡Bah! No hagamos un drama de esta tontería —arguyó otro. Ahora se irá a acostar... nada más.

En la cabina telefónica Moltey hablaba:

—Dígame... Sí; aquí Douglas Moltey...

Una voz excitada le contestó:

—¿No me reconoce, Douglas? Soy...

Pero ya el agente había localizado aquella voz: el viejo Wear.

—Sí...; ya sé quién es... ¿Qué es lo que ocurre?

Estaba inquieto, había percibido algo anormal en la excitación que se reflejaba en el acento del otro.

—¡Una desgracia!... ¡Ha sido sin querer!... Mi hijo... yo no tenía intenciones, se lo juro, Moltey... Venga usted, usted es policía... usted no me odia como los demás... Fue... no sé cómo... Harry. ¡Pobre hijo mío! —Sonaron sollozos—. ¡Le juro que yo no tenía intenciones de...!

Douglas intuyó lo que había ocurrido. ¡Aquel viejo loco...! Sus advertencias a Harry habían caído siempre en el vacío; era un peligro tener un ser anormal en la casa.

—Voy enseguida. Tranquilícese.

Posiblemente su amigo estaba aún con vida; no convenía dejar desbocar la imaginación. Seguramente el viejo le había agredido, pero...

—¡Douglas! ¡Douglas! —El viejo Wear lloraba—. ¡Mi hijo, Douglas! ¡Es mi hijo!... ¿Cómo he podido...? ¡Le juro que no tenía intención de...!

—Iré enseguida. Tranquilícese.

Colgó rápidamente el teléfono y salió como una exhalación, atropellando a los que llenaban el vestíbulo. El señor gordito comentó con sus amigos:

—Ese chico sigue fuera de sí. ¡Fijaos cómo corre! ¿Qué le ocurrirá ahora?

El padre del abogado dejó el auricular con una mueca de satisfacción.

—Ahora lo comprobarán todos... Soy el más listo, soy yo el más inteligente de todos... Por eso me odian...; pero esta noche yo me reiré de todos ellos.

Tenía la mirada extraviada; parecía haber recobrado la juventud; corría por el despacho como un poseído, sin hacer ningún ruido, gracias a sus zapatillas.

—¡La Policía...! —reía quedamente, demostrando su desprecio—. Ellos me quieren encerrar...

Su enfermedad, su terrible neurosis, le hacía ver deformados todos cuantos acontecimientos esmaltaban su vida. Tenía la manía persecutoria que amarga a tantos infelices. Ahora necesitaba público, alguien que admirase su fácil inventiva, su genio sin igual.

Marcó otro número del teléfono.

—¿El Tatí Club?

Le contestó una voz desagradable.

—Este número es particular; marque el de la sala, por favor.

El viejo se deshizo en excusas.

—Perdone; no sabía... Es que quiero hablar con Víctor Parotta, y como es algo urgente y privado...

El gerente del Tatí Club, arrellanado en su sillón, cambió radicalmente de actitud. Amigo del «boss», colaborador en muchos de sus «negocios», supuso que el otro había pedido que le llamasen por aquella línea.

—Espere; no se retire. Es sólo un momento...

Segundos más tarde, Víctor Parotta comunicaba con el padre de Harry.

—Soy yo; Víctor. ¿Me reconoce?

—Sí; ya sé quién es usted. Dígame lo que ocurre...

—Ha llegado el momento, hijo mío. Venga enseguida.

Interrumpieron la comunicación y el «boss» hizo una mueca de fastidio. ¡Qué noche! ¡La pelea con Douglas, y ahora aquel loco...!

Sonrió y su expresión se tornó astuta; convenía ir. Posiblemente aquel anormal le facilitase, en su inocencia, el medio de desprenderse del policía. ¡Quién podía saber...!

Minutos más tarde volaba su coche en dirección a la residencia de Harry Wear.

Moltey dejó el «taxi» a alguna distancia de la residencia del abogado, y llegó hasta ella con paso rápido y receloso, mirando hacia atrás. En su fuero interno deseaba, por la reputación judicial de su amigo, que éste no tuviese que verse envuelto en ningún escándalo. De todo corazón pedía a Dios que todo fuese una falsa alarma del maniático...; pero algo, percibido en la voz del viejo, le hacía prever una catástrofe.

La puerta estaba entornada. El padre de Harry le esperaba con el semblante apenado, llorando silenciosamente, haciendo gestos de que no hiciese ningún ruido.

—Bueno... Bueno... —susurró el agente—. ¿Dónde está Harry?

El otro le franqueó la entrada. Douglas penetró con rapidez, y entonces el loco, colocado a su espalda, le golpeó en la cabeza con una «matraca» de goma, recogiénole en el aire antes de que el inconsciente policía cayese al suelo.

—¡Idiota! ¿Lo has visto, memo? ¿Lo has visto? ¡Soy el más listo...!

La faz del enfermo reflejaba una alegría satánica; había dejado la máscara de compungida con que había recibido a Moltey y ahora reflejaba el hábil disimulo propio de los anormales, su astucia diabólica.

Le arrastró hasta el despacho, mirándole con odio.

—Querías encerrarme... tú y tus esbirros... También aquel que me denunció —otra vez la idea obsesiva del «cop»—. Ahora verás...

Le registró, cogiéndole la pistola de reglamento mientras reía quedamente y no cesaba de farfullar incoherencias. Miraba el reloj con impaciencia, deseando que llegase Parotta.

—Se va a retrasar... Él también odia a la Policía —empezó a reír nuevamente—. Ya tengo pocas fuerzas, porque soy viejo, pero si vuelve en sí le pegaré otra vez. No podrá evitarlo... Ya debe de estar al llegar...

Fue hasta la puerta y volvió, después de dejarla entornada. No podía estarse quieto.

—La chica será para el polizonte... Yo sé soy... Yo...

Douglas Moltey seguía inanimado. Sonaron unos pasos en el pasillo, y el loco salió precipitadamente.

—¡Chis! ¡Silencio! ¡No hagas ruido, muchacho!

Parotta se detuvo en el umbral del despacho, contemplando el cuerpo de Moltey. Le señaló con una de sus manos enguantadas.

—¿Muerto?

—Todavía no —cloqueó el viejo, sin poder reprimir la risa—. He pensado que seas tú quien le mate, Víctor. A ti te gustará. Mira: ahí tienes su pistola; ahora le pegas un tiro, y lo enterraremos los dos en el jardín. ¡Nadie se enterará!

El viejo adoptaba unos aires de misterio tremendos. Parotta le miró con disgusto. ¡Valiente idiotez! ¿Para eso le molestaba?...

—Cada día estás peor —habló el «boss»—. Estoy harto de estupideces... Yo creía que podías hacer algo mejor... ¡Matar a un agente del

F. B. I.,

enterrarlo en el jardín y esperar... a qué nos cuelguen! ¡Idiota! ¡Viejo loco!

El padre del abogado le miraba con asombro; después, con rabia.

Sentía deseos de matarle, porque también era un enemigo... Uno de los que le odiaban... Le había insultado...

Con ojos de asesino miraba la pistola de Moltey que segundos antes había entregado al «boss», y que éste conservaba.

—Anda —continuó Parotta—. Vete a dormir y no hagas más tonterías. Cuando el pájaro éste vuelva en sí, lo comprenderá y se irá.

Miraba con odio a su rival, le tenía a su merced. Durante unos segundos vaciló, oprimiendo la pistola.

—No. Cargarse a uno del

F. B. I.

es cosa seria. Hay que hacerlo bien, cuando se tenga una buena coartada —dijo Parotta, pensativamente.

El loco le miraba enfurecido; temblaba como si fuese presa de un ataque epiléptico, y por las comisuras de sus labios fluía un hilillo de saliva blancuzca.

—¡Traidor! ¡Traidor! Tú también quieres encerrarme... estás de acuerdo con él... fingías odiarle... ¡Canalla!

—Vamos, abuelo —repuso el «boss», con sorna—; a la cama. Hace frío, y se te pondrá peor tu artritis. Anda, idiota.

No le inquietaba el estado febril del viejo. Él era joven; tenía un arma... aunque no la necesitase para nada. Podría dominar a un hombre anciano con facilidad. Pero Parotta no sabía la tremenda fuerza, la energía momentánea que tienen los dementes.

—¡Os mataré a los dos! Yo... Yo...

El enfermo se abalanzó sobre el «boss» con un movimiento rapidísimo; sus manos engaritadas buscaban la garganta de Parotta. Jadeaba como una fiera, salpicándole el rostro de una baba viscosa.

—¡Viejo loco!

Víctor no podía dominar a aquel energúmeno. Sentíase acorralado por él, se encontraba impotente para defenderse. Sus manos con guantes resbalaban sobre las ropas del loco, que poco a poco apretaba el cerco sobre su cuello.

—¡Suelta! ¡Asesino!

Imposible. Se sentía sofocado; su fuerza de hombre joven y fuerte no bastaba para contrarrestar aquella energía desesperada que los nervios enfermos prestaban al otro.

—¡Canalla! ¡Te mataré! ¡No me encerraréis nunca!

Parotta sentía que el aire no llegaba a sus pulmones; pero su cerebro trabajaba, conservaba la serenidad. Había que terminar.

Soltó los brazos del viejo, se ladeó un poco y disparó la pistola de Moltey.

En los ojos del loco se pintó una sorpresa infinita; sus manos se aflojaron y quedó inanimado, flácido, pálido, con una lividez marmórea. El «boss» se lo quitó de encima y se incorporó. Le contempló con espanto.

—¡Muerto! ¡Viejo estúpido! ¡Qué complicación!

De repente se quedó quieto. Una idea con la rapidez de un chispazo eléctrico, una idea. Una idea diabólica. Miró la pistola, que aún conservaba en la mano: era la de Moltey. Allí yacía el agente... El loco, muerto... No había dejado huellas, porque no se llegó a quitar los guantes... Sí; aquello podía ser...

Se movió con rapidez de vértigo, puso la pistola en la mano de Douglas y miró a su alrededor. Había señales de lucha. Pero nadie podría saber quiénes habían luchado... Nadie.

Comprobó una vez más que no había rastros suyos y salió corriendo. A Douglas, agente del

F. B. I.,

le sería difícil o imposible explicar lo sucedido.

Harry oyó la detonación desde su dormitorio. Era hombre de un sueño pesado, incapaz de despejarse instantáneamente. Durante unos segundos que le parecieron eternos luchó por incorporarse. Pretendía levantarse; pero aunque su mente se lo advertía con claridad, su cuerpo no le obedecía. Estaba en un estado inconsciente, en el que sería difícil saber si continuaba dormido o despierto.

«Un tiro. Ha sido un tiro».

La lucha era angustiosa. Por fin, en un esfuerzo, se lanzó de la cama, sin estar despejado, tropezando con los muebles, sin encontrar la puerta para salir.

Se le enredaban los pies en la alfombra; apenas podía moverse en aquel torpe sopor que le invadía. Llegó al pasillo y rápidamente bajó hacia el despacho; a medio camino le asaltó una idea, y volvió sobre sus pasos. Convenía ir armado; desde que se le acentuó la hipocondría tenía siempre un revólver en la mesilla de noche, pues sólo así estaba tranquilo.

Lo cogió, y rápidamente volvió a salir, encaminándose al despacho. Se detuvo en el umbral. Con un aire aturdido, vacilante sobre sus piernas, estaba Douglas Moltey en el centro de la habitación con una pistola en la mano. Cerca de él estaba el padre de Harry, tendido en el suelo.

—¡Padre! ¡Padre!

El abogado se arrodilló, desabrochándole la bata con frenesí, con rapidez de vértigo. Su corazón no latía. Estaba muerto.

Con lentitud se incorporó y miró acusadoramente a Moltey. Parecía escuchar las palabras que le oyó aquella misma tarde: «La verdad es que no sé para qué vive...».

Harry, en su hipocondría, consideró lógico que Moltey hubiese matado a su padre. El viejo le molestaba, y lo eliminó, nada más.

—No sé lo que ha ocurrido... No me explico...

El agente, aturdido aún, no acertaba a coordinar bien sus pensamientos. Harry Wear se dirigió al teléfono.

—¿Cuartelillo? Acaban de asesinar a mi padre... Soy Harry Wear... Mi domicilio es...

Douglas le miraba con asombro. ¿Qué decía aquel hombre?

—Sí... En la misma habitación está Douglas Moltey, agente del F. B. I., con una pistola en la mano. Vengan enseguida.

Después colgó el teléfono y empuñó con mano firme el revólver, apuntando a Moltey.

VI



ORAX entró en el Club por la puerta trasera. Al entrar en contacto con el ambiente tibio, acogedor, no pudo reprimir un gruñido de satisfacción.

«Esto es mejor que la choza», se dijo.

Desde el día en que presencié la muerte de Dan Epsilon, y después de tener que huir, perseguido por el asesino que lo descubrió, Borax había permanecido oculto en la cabaña en la que antes viviera con el ermitaño. Sabía que el criminal le perseguiría, y por ello no había osado volver a los «chalets» ni se atrevió a ofrecer sus servicios a esquiadores y turistas, como era su costumbre.

Pero el tiempo fue pasando, la vida era dura en medio de aquellos fríos y comenzaba a sufrir hambre. A la fuerza tuvo que incrementarse su audacia, hasta el punto de que aquella mañana se

había decidido a acercarse a la colonia de «chalets» y albergues.

—¡Vaya! ¡Si es Borax!

Los cocineros acogieron con alborozo al popular personajillo.

Aquel día, Borax comió caliente y nadie le molestó. Pasó muchas horas al lado del fuego, y después, cuando regresó a la cabaña, la noche se le hizo insoportable.

«Puedo hacer lo que ayer —se dijo a la mañana siguiente—. Si me quedo en la cocina, nadie me verá; además, siendo día laborable, habrá pocos turistas que puedan reconocermé».

De este modo fue como Borax volvió poco a poco a normalizar su vida. Y también sucedió así que Borax volvió a escuchar, desde el asilo que le concedían en los «chalets», las alegres emisiones de «radio» de las alejadas ciudades.

Aquel día, Borax se hallaba embebido escuchando un programa de música de «jazz». Su rostro mostró la contrariedad que le causó la interrupción de la melodía cuando el locutor anunció:

—Y ahora, señoras, señores, las últimas noticias sobre el sensacional proceso Moltey. En la sesión de esta mañana ha declarado Víctor Parotta amigo del acusado Douglas Moltey. Afirmó el señor Parotta que...

Borax se levantó de un salto.

—¿Te ha mordido un perro, Borax?

El interpelado no hizo caso de la irónica observación del cerillero. Se encontraba excitadísimo; su prodigiosa memoria había traído a su cerebro las palabras que cruzaron el señor Epsilon y su asesino momentos antes de morir el primero:

«¡Asesino! ¡Víctor Parotta, eres un asesino!... Después de ti. Moltey... Morirá deshonorado... despreciado por la sociedad...».

Parotta... Moltey... Sí; aquéllos eran los nombres que se pronunciaron aquel día trágico. Borax pudo oírlo...

Borax paseaba a grandes zancadas mientras se acariciaba la barba gris. Trataba de pensar, lo cual no resultaba nada sencillo.

«Parotta... Moltey...».

Borax trataba de comprender algo. Parotta había amenazado a un tal Moltey; eso lo había oído él. Y ahora había un juicio en el que intervenían otra vez esos dos nombres. ¿Qué relación habría? Borax no entendía nada.

¿Qué juicio es ése? Por fin, Borax tomó la acertada decisión de

informarse.

Le trajeron periódicos, pero Borax no sabía leer. No obstante, en uno de ellos reconoció una fotografía en la que creyó reconocer, aunque no con seguridad, al asesino del señor Epsilon, aquel que daba tan buenas propinas.

Borax hizo que le contaran todos los detalles. Y horas más tarde, aunque no entendía mucho, comprendió que posiblemente el acusado estuviese en un buen jaleo por culpa de aquel tipo.

«Diré lo que sé». Borax, al fin y al cabo, tenía su moral. Una cosa era no tener líos con la «Poli» por un hombre que ya estaba muerto y a quién ya no podía beneficiar, y otra dejar que matasen a un hombre.

Así, Borax se decidió a volver a la ciudad después de muchos años.

—¡El siguiente testigo!

Se estaba celebrando una de las postreras sesiones del proceso contra Douglas Moltey, acusado de asesinato.

Un señor bajito subió al estrado. Después de las formalidades de rigor, el fiscal comenzó el interrogatorio.

—¿Estaba usted en el Tatí Club la noche del crimen?

El aludido respondió con voz aflautada:

—Desde luego; no lo dude.

En su manera de hablar se notaba cierto resentimiento, como si la pregunta le hubiese ofendido.

—¿Era usted cliente asiduo del «cabaret»?

—Sí. Todas las noches voy allí.

El señor bajito aficionado a bailar mambos, ante el regocijo de la concurrencia, no podía comprender tanta insistencia. ¡Claro que iba siempre al Tatí Club! Su profesión era «vivir»; de día dormía y por las noches, ¡a divertirse!

—¿Estuvo Moltey en aquel lugar el día de la muerte del señor Wear? —interrogó el fiscal.

—Sí; estuvo. Y de muy mal humor, por cierto.

—Explíquese.

El señor bajito procedió a contar con todo género de detalles la pelea con Parotta.

—Después —agregó— le llamaron por teléfono. Enseguida salió a la calle como una exhalación, visiblemente excitado y

atropellando a cuantos encontraba en el camino.

A continuación pasó a declarar Harry Wear.

—¿Cree usted, señor Wear, que Moltey mató a su padre?

Harry, como abogado, comprendió la importancia de su respuesta; por ello meditó antes de responder.

—Sí —dijo al fin—. Creo que fue él.

Un murmullo se extendió entre los espectadores que abarrotaban la sala. Entre ellos se hallaba Víctor Parotta, impasible, imperturbable. Más atrás, Lydia, con la angustia reflejada en el rostro. Y en última fila, un hombre que permanecía inmóvil, que no había dicho una palabra. Desde la primera sesión del juicio habíase sentado en el mismo lugar; con suma atención siguió todas las incidencias del proceso, tomando notas frecuentemente. Se trataba del inspector Leo Collier, del

F. B. I.

Era el superior inmediato de Douglas Moltey.

La respuesta afirmativa de Harry no fue dictada por la pasión o el odio. El hombre, dado su carácter extraño, su hipocondría crónica, que le hacían considerar a toda la Humanidad como enemiga, le hacía, al invertir los papeles, suponer como muy lógico que Moltey hubiese matado a su padre. El viejo era un maniático, estaba loco y odiaba a Douglas. Por tanto, Moltey lo eliminó. Natural, lógico.

El fiscal preguntó:

—¿En qué se funda para creerlo así, señor Wear?

—Aquella misma tarde, Moltey amenazó a mi padre. «Viejos así no debían vivir», dijo.

De nuevo los murmullos invadieron la sala.

—Cuenta los hechos —insistió el fiscal.

—Oí un disparo. Yo dormía, y como tengo el sueño muy pesado, tardé algo en reaccionar. Después, tomando un revólver por precaución, acudí al despacho.

—¿Y entonces...?

—Entonces —las palabras de Wear resumaban la amargura y desesperación que inundaban su alma— encontré a mi padre tendido en el suelo, muerto. Moltey, ante él, con una pistola de reglamento, «su» pistola, en la mano, aún caliente. Eso es todo.

Mientras tanto, la calle era un verdadero hormiguero. Jamás un

proceso había despertado mayor expectación.

—¡Causa criminal contra un agente del

F. B. I.!

—voceaba un vendedor de periódicos.

—¡Asesinos en el

F. B. I.!

¡Edición extraordinaria! —chillaba otro.

La multitud se agolpaba ante la Sala de Justicia. Todos charlaban entre sí, excitados, irritados, como si la ofensa al

F. B. I.

les afectara directamente. Y así era, en efecto: el Federal Bureau of Investigation era la organización más perfecta, más leal, más insobornable. Todos los americanos confiaban en su eficiencia e integridad.

Un hombre de mediana edad, pelo canoso y barba gris se esforzaba por abrirse paso entre el gentío. Su tarea no era fácil; sin embargo, no cejaba en su empeño.

—¡Tengo que llegar, tengo que llegar! ¡Debo decirlo!

Borax estaba dispuesto a hablar, pese al respeto que la Policía le ofrecía. El hombre continuaba forcejeando, intentando adelantar entre la compacta masa humana.

Desde luego, Borax no veía el asunto con claridad; pero comprendía que aquel Parotta estaba metiendo a alguien que se llamaba Moltey en una situación difícil. Y Borax estaba decidido a decir lo que había visto. Una cosa era desentenderse de un muerto y otra dejar que matasen a un vivo.

¡En la Audiencia, Moltey, como un testigo más, iba a prestar declaración.

Víctor Parotta se levantó, saliendo al pasillo. Un individuo que se hallaba sentado en una de las últimas filas, y que por su apariencia más parecía un mono que un hombre, lo siguió.

—¿Nada nuevo? —preguntó Parotta.

—Nada —respondió el hombre con aspecto de antropoide.

Se trataba de «Chimpancé», un esbirro de Parotta que había recibido del «boss» la orden de matar a Borax; pero que no había logrado dar con él, pese a haber deambulado durante varios días por las montañas en que aquél vivía. Ahora acudía al juicio con la orden de estar atento a cualquier anomalía que pudiese surgir.

Si pasaba algo que pudiese perjudicar a Parotta, «Chimpancé» debía intervenir enseguida.

Parotta y su colaborador regresaron a la sala.

Mientras, Borax continuaba esforzándose en llegar. Por fin logró penetrar en el recinto. Irrumpió, exclamando:

—¡Esperad! ¡Tengo algo que decir!

Borax se acercaba, jadeante.

—¡Tengo algo que decir!

En aquel momento, un individuo velludo, tosco, con aspecto de simio, hizo un rápido movimiento. Algo brilló instantáneamente en su diestra. Después, dos detonaciones.

El hombre de la barba gris no llegó a hablar. Cayó teatralmente, dando una vuelta de campana. Tras algunos quejidos, quedó completamente inmóvil.

El individuo que había disparado huía, tratando de confundirse entre la gente. Hasta en su agilidad se asemejaba a un mono.

Parotta se levantó. Con voz tranquila, sin apresuramiento, dijo:

—¡Allí! ¡Aquel gigantón! —Con su mano señalaba hacia el fugitivo.

Varios agentes se lanzaron tras él. Pronto se encontraron a pocas yardas del criminal. Entonces éste disparó. La Policía contestó al ataque, y el perseguido fue alcanzado.

Cuando los agentes llegaron hasta él era cadáver.

Parotta procuró ocultar su satisfacción. Había pasado unos momentos de peligro, pero ahora el indiscreto estaba muerto y «Chimpancé», el «killer» que había actuado por cuenta de Víctor, también. Ningún cabo quedaba suelto.

La sesión fue suspendida, en medio de general confusión.

Cuando al día siguiente se reanudó, Moltey había tomado una resolución. Lydia, Lydia le ayudaría. Si todo salía mal...

Douglas pasó al estrado. El fiscal comenzó el interrogatorio.

—¿Mató usted al señor Wear?

El público guardaba un silencio absoluto.

—No.

La respuesta de Moltey fue seca, tajante.

El abogado defensor no pudo evitar un gesto de desaliento. ¡Era terco aquel hombre! Durante días había tratado de convencerle de que lo mejor era confesar.

«Reconozca que lo ha matado usted. Alegaremos la legítima defensa y se librará de la silla eléctrica. Con pocos años saldrá de esta...». Pero Douglas se negaba. «No lo he matado, no lo he matado», decía.

El juicio se interrumpió durante una hora para que fiscal y abogado ordenasen sus conclusiones definitivas. Ello, a petición del defensor, que pretendía hacer un nuevo esfuerzo para arrancar a Moltey una confesión.

El público comenzó a desalojar la sala. En aquel momento, Moltey exclamó:

—¡Lydia!

Ella corrió a su lado. Las lágrimas resbalaban abundantemente por su rostro. Se abrazaron fuertemente. Y Douglas juntó mucho su cara a la de ella. La boca de Moltey, junto al oído de Lydia. Tan sólo un momento, pero fue suficiente.

—Por favor, señorita.

Un agente la separó de Douglas. Después se lo llevó.

Lydia no perdió un instante. ¡Tenía tan poco tiempo! Y de ella podía depender todo. Salió a la calle y corrió, corrió alocadamente, hasta que pudo encontrar un «cab».

Cuando se reanudó la sesión ella no había vuelto.

El fiscal procedió a analizar el desarrollo de los acontecimientos tal y como parecían haberse sucedido en la noche del crimen. Con brillante oratoria expuso cómo Moltey había amenazado al muerto, cómo fue encontrado con su pistola aún caliente en la mano, relatando todas las circunstancias que acusaban a Douglas.

El ambiente era tenso. Todos los asistentes se hallaban pendientes del desarrollo de los acontecimientos, invadidos por la sentida emoción que les había transmitido la vibrante acusación del fiscal.

Aquéllos fueron los momentos más amargos de la vida de Douglas Moltey. La ira había cedido paso al dolor. Acusado ante un Tribunal de justicia y descubriendo la terrible sospecha en todos los ojos fijos en él... Todo pareció derrumbarse a su alrededor.

Pero Douglas no estaba vencido; su temple, demostrado en la guerra y después en su lucha contra el hampa, era extraordinario. Miraba con ansiedad hacia la puerta. Lydia no aparecía. Si llegase tarde, si no lograse volver antes de que la causa hubiese concluido,

todo estaría perdido, pues ya no tendría ocasión de verla más.

En aquel instante, el abogado defensor tomó la palabra. Se esforzaba por demostrar la inocencia del acusado, pero ¡era tan difícil! Las pruebas en su contra eran concluyentes; no había testigos de descargo. Poco se podía hacer. Si al menos hubiese confesado, podría alegar la legítima defensa. Por más que se esforzaba, las palabras del jurista resultaban frías, insulsas, frente al brillante alegato fiscal. Evidentemente, no lograrían impresionar al Jurado.

Por fin habló el juez:

—Dictamine el Jurado.

Los componentes del mismo se retiraron a deliberar.

La emoción embargaba a Douglas. Dentro de unos minutos todo habría terminado. ¡Y Lydia, sin llegar! Si no venía a tiempo...

En la sala, ni un comentario. Todo el mundo estaba inmóvil, silencioso. Los corazones latían aceleradamente, en espera del fallo de la Justicia.

Los componentes del Jurado fueron entrando en la sala. Sus semblantes, graves, preocupados.

—¡Póngase en pie el acusado!

Moltey obedeció automáticamente.

En aquel momento, Lydia penetró en la sala.

—¿Ha decidido el Jurado? —preguntó el juez.

El ambiente estaba lleno de emoción. Lydia sentía saltársele el corazón. Sus ojos se cruzaron con los fríos, insensibles, de Parotta.

Para Moltey, los momentos eran trascendentales; suponían algo más que la decisión sobre su vida o su muerte; significaban su «ser o no ser», la destrucción de todos sus ideales, de su fe en la Justicia, aquella Justicia por la que siempre había combatido, arriesgando alegremente la vida que ahora estaba en discusión...

La voz sonó solemne, lenta, grave:

—¡Culpable!

Moltey acababa de ser condenado a la silla eléctrica.

Con un grito de espanto, Lydia se abalanzó en brazos de Douglas. Le besó con fuerza durante largo rato. Después se sintió separada de él, arrastrada...

Moltey, empujado por un agente, se retiraba, preocupado tan solo, al parecer, del dolor de muelas que le atormentaba.

—¡Vamos, Moltey!

El aludido obedeció, comenzando a caminar con paso lento, pesado, a lo largo de los interminables corredores de la prisión del Estado. Por fin, uno de los vigilantes se detuvo. Introdujo una llave en la cerradura, y la puerta giró sobre sus goznes, volviéndose a cerrar una vez que Moltey y su carcelero estuvieron dentro.

¡La celda de la muerte!

Era pequeña, lóbrega, sin ventilación directa y completamente incomunicada. En oposición a la que Moltey acababa de dejar, y que durante varias semanas había constituido su hospedaje, no había camastro, ni tampoco era preciso; tan sólo pasaría allí unas pocas horas, y ningún condenado sentía deseos de dormir cuando se aproximaba el instante supremo...

El carcelero se sentó en una de las toscas sillas que, junto con la mesa de basta madera, constituía el conjunto del mobiliario. Miró su reloj: las doce y cuarto de la noche. Un gesto de desagrado se reflejó en su rostro; hasta las seis de la madrugada tendría que convivir con el condenado, soportar sus alternativas, sus desalientos, sus terrores, incluso, probablemente, alguna tentativa de fuga. ¡Ingrata tarea la suya!

Moltey se aproximó a la mesa. Sobre la misma encontró los útiles necesarios para escribir, y hasta cigarrillos. ¡Qué amabilidad la de la Administración!

Tomando uno de aquéllos, lo encendió con mano segura. En aquella situación, despeinado, con las ropas descuidadas y un duro gesto de hosquedad en el rostro, presentaba un aspecto más imponente que nunca.

Como un león enjaulado, paseó arriba y abajo dentro de los estrechos límites de la celda. Parecía un titán, un superhombre reducido por fuerzas superiores. Su gran musculatura se traslucía a través de la ropa de ínfima calidad con que le habían obsequiado en la prisión.

Douglas, cada vez más excitado, paseaba a mayor velocidad. El carcelero comenzaba a inquietarse, y cuando Moltey inició aquellos extraños gruñidos, broncos, amenazadores, un temor supersticioso se fue apoderando del hombre. Él no sabía cómo, pero estaba convencido de que el condenado, poniendo en acción las extraordinarias fuerzas que su impresionante musculatura dejaba

adivinar, huiría en cualquier momento, cuando él lo deseara, aun en contra de toda lógica, de toda previsión.

Realmente, la actitud de Moltey era inquietante: sus idas y venidas, cada vez más veloces; los movimientos de su cabeza, haciendo caer los cabellos sobre el rostro; sus bramidos, delatores de ira y furor, hacían temer de un momento a otro un acceso de locura.

Pasaron las horas. Douglas continuaba sus paseos; movía los brazos con violencia y seguía emitiendo sonidos guturales que sonaban como duras expresiones de algún lenguaje inhumano.

El carcelero permanecía inmóvil, sentado en su silla, sin hacer el menor movimiento, sin decir una palabra: temía que el reo se fijase en su presencia y...

Muchas veces había soportado la ingrata tarea de vigilar a un condenado en sus últimas horas, pero nunca tuvo miedo como en aquella ocasión. Desde luego, no olvidaría aquella nochecita en mucho tiempo.

Por fin, Moltey se detuvo. Al sentarse en uno de los taburetes con pretensiones de silla preguntó con violencia:

—¡Hora!

—Las cuatro y diez —respondió el carcelero, agregando con voz indecisa—. Todavía puede venir el indulto... Su abogado...

¡El indulto! Durante semanas, Moltey había confiado en él; su amigo Collier trabajaba por lograrlo... Al principio no dudó de que todo se aclararía. Su vida había sido siempre recta, limpia, intachable. Sí; sin duda, el dramático error judicial originado por la concatenación de una serie de lamentables circunstancias cesaría, todo quedaría en su sitio, él sería reintegrado al

F. B. I.

¡El

F. B. I.!

¡Qué lejano parecía todo!

Pasó el tiempo, y Douglas fue perdiendo su seguridad; comenzó a vacilar... Collier le daba ánimos. Había conseguido varias veces el aplazamiento de la ejecución... Aseguraba que descubriría todo...

Y por fin, la noche fatal. Le trasladaron a la celda de los condenados.

Instintivamente volvió su cabeza en cierta dirección; allí, a

media docena de yardas, en otra habitación, estaba la silla eléctrica. Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Consultó la hora: las cuatro y media. ¡Y a las seis...!

—¡No! ¡No puede ser!

Ante los alaridos de Moltey, el carcelero se levantó; la palidez se reflejaba en su rostro, con indecisión contemplaba la dramática escena.

Douglas, cogido a los barrotes de la puerta, los zarandeaba con la violencia de la desesperación, a la vez que con impresionantes bramidos ponía de manifiesto su poderosa vitalidad.

Durante mucho tiempo, Moltey gritó y aporreó la puerta. El carcelero daba gracias a la Providencia por no estar en el lugar de los barrotes.

Por fin, el condenado cejó en su titánica tarea. Pasó de la máxima furia al mayor abatimiento. Derregado, se dejó caer sobre una de las sillas.

Un suspiro suave, que contrastaba con su ferocidad anterior, escapó de sus labios:

—¡Lydia!

De nuevo se crisparon sus puños, su rostro enrojeció. Las amenazas barbotaron de su boca. Seguramente, Parotta le acosaría. Cuando su cuerpo, tras la violenta sacudida final, se crispase en el último rictus final, quedando inmóvil como un pelele, se casaría con él.

Por un momento pareció que Moltey sufriría un nuevo y temible acceso de furor; después, cubriéndose el rostro con las manos, cayó en un estado de suma postración.

El carcelero pudo comprobar que aquel hombre salvaje y feroz también sabía sollozar.

Cuando Moltey levantó la vista, preguntando mudamente la hora, eran las cinco y diez.

Ya poco podía esperar. Collier había fracasado.

Encendió un cigarrillo, ofreciendo otro al carcelero. Durante un rato fumaron en silencio. Moltey rehusaba todas las ocasiones que su vigilante le brindaba para entablar conversación.

Eran las cinco y media.

Douglas, abatido, se dejó caer en una silla.

Dentro de treinta minutos vendrían por él; después, el final...

El ruido de pasos que resonaban tétricamente en los lóbregos pasillos de la prisión sacó a Moltey de la desesperada indiferencia en que se había sumido.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!
P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán
P R O E Z A S

VII



del

F. B. I.,

L inspector Leo Collier,

permaneció sentado tras su mesa de despacho mientras un hombre avanzaba hacia él.

—¿Me mandó llamar, inspector?

—Sí, Londa. Siéntese.

El agente especial obedeció. Collier trató de ahogar un bostezo de cansancio. Desde que Douglas Moltey, su amigo y subordinado, fue procesado, había pasado muchas horas en vela, tratando de penetrar en el misterio que adivinaba que rodeaba al caso, sin lograr más que una mayor desorientación y confusión.

—Londa —preguntó—: ¿cree usted que Moltey es culpable?

—Inspector: usted y yo somos los únicos que, pese al cúmulo de

abrumadoras pruebas reunidas contra Douglas, creemos en su inocencia —respondió el agente.

Collier hizo un gesto afirmativo. Con voz solemne, dijo:

—Voy a decirle algo que nadie sabe más que yo, Londa. Sé, con certeza, que Douglas es inocente.

—¿Se funda en algo, inspector?

—Sí. ¿Recuerda usted el hombre de pelo canoso y barba gris que fue asesinado durante el proceso?

—¿Aquel Borax?

Exacto. Pues bien: aunque todo el mundo le tomó por muerto y la Prensa lo anunció así, tardó varias horas en fallecer. Y antes de morir habló conmigo. Soy el único que conozco lo que dijo.

Londa escuchaba con interés expectante.

—Sus palabras —agregó Collier— fueron las siguientes: «Yo vi cómo mataron a Dan Epsilon». Dan dijo: «Víctor Parotta: eres un asesino». Y el criminal contestó: «Después de ti, Moltey. Morirá deshonrado».

Londa lanzó un silbido de excitación:

—¿Por qué no lo dijo, inspector?

—No hubiésemos logrado más que poner sobre aviso a Parotta. Sin pruebas no podemos hacer nada; sólo tenemos las palabras de un hombre que está muerto.

—¿Qué haremos? —preguntó Londa.

—He logrado varios aplazamientos de la ejecución de la sentencia, pero ya no será posible prolongar la situación. El público, los periódicos, piden que se haga justicia.

—¡Algo hay que hacer! —exclamó el agente.

—Sí; encontrar pruebas. La dificultad —afirmó el inspector— es cómo hacer intervenir al

F. B. I.

Tan sólo por nuestras sospechas no podemos movilizar a toda la organización...

Londa interrumpió a su jefe:

—Inspector: se trata de la vida de nuestro compañero... frente a una cuestión de competencia.

Sucedió una pausa de silencio.

—De acuerdo, muchacho —respondió Collier al fin—. Comenzaremos a trabajar enseguida.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Londa.

—Sabemos que Parotta mató a Epsilon. La amenaza que lanzó contra Moltey, y que pudo escuchar Borax, hace evidente su intervención en la muerte de Wear. Investiguemos el caso Epsilon y llegaremos al que nos interesa.

—Si pudiésemos detener a Parotta... —comenzó a decir Londa.

—Parotta mató a Epsilon —repitió Collier—, pero las sospechas recayeron sobre un hombrecillo casi enano y albino. Es evidente que se trata de un cómplice de Parotta. Iremos por él.

Media hora después, el

F. B. I.

entraba en acción para la busca y captura de un hombre de las características de «Dospies». La redada se desarrolló con toda amplitud. Centenares de agentes se desplegaron por la ciudad. La consecuencia de su actividad fue la detención de varios individuos «bajitos, casi enanos, albinos», que podían ser el que buscaba.

Después vino la labor seleccionadora, que corrió a cargo de Collier y Londa. Tras esta paciente actividad de discriminación, sólo quedaron unos pocos individuos, pero cualquiera de ellos podía ser el cómplice de Parotta.

Los interrogatorios fueron largos y no se sacó nada en limpio. Aquel Parotta era un tipo listo.

Collier y Londa sostuvieron, con cada uno de los hombrecillos sospechosos la misma conversación:

—Quedas advertido: tú «boss» caerá antes o después, y entonces nadie le libraré de la silla eléctrica. ¡Dime quién es!

El silencio o la negativa fueron las unánimes respuestas.

Todavía se les hizo una advertencia final:

—La única posibilidad que tienes de librarte de la silla eléctrica es ayudarme a enviar a ella al «boss». Piénsalo bien, y cuando lo hayas pensado, llama a este número: tres mil uno.

Y, al dejarlos en libertad, una amenaza, que no dejaría de ir minando la decisión del delincuente:

—¡Recuerda que con el

F. B. I.

no se juega!

Collier se armó de paciencia. Esperaba obtener algún resultado. Conocía la psicología de los criminales: aquéllos no sabían nada de

lealtad y el miedo les incitaba a las mayores traiciones. Era seguro que el hombre en cuestión se despertaría por las noches con una frase martilleándole en los oídos: «¡Con el

F. B. I.

no se juega! ¡Con el

F. B. I.

no se juega!».

Y, mientras tanto, el plazo de vida de Douglas Moltey iba terminando.

Pasaron los días. Aquel atardecer lluvioso, el inspector Collier y el agente especial Londa departían en el despacho del primero. Ambos estaban excitados y de mal talante.

—Algo hemos de hacer esta noche; no podemos dejar las cosas así —dijo Londa.

A las seis de la mañana del día siguiente. Douglas Moltey sería ejecutado. Faltaban diez horas.

Mientras los dos hombres del

F. B. I.

hacían sus planes, otros acontecimientos se desarrollaban a varias millas de distancia, en otros barrios neoyorquinos.

Un «Buick» se deslizaba raudo por unas callejuelas. Víctor Parotta conducía. Junto a él, un «Dospiés», con su aspecto miserable, infeliz. Este último habló en tono quejoso:

—Mire, «boss»: lo que hizo conmigo no estuvo bien. ¡Casi me pesca la «Poli»!

Parotta continuó conduciendo, impasible: «Dospiés» insistió:

—Fue una faena, jefe. Y ni agradecido ni pagado...

El coche se detuvo súbitamente. Una mano de Parotta pasó por la espalda del hombrecillo, abriendo la portezuela junto a la que iba «Dospiés».

—¡Largo de aquí, miserable sabandija!

El enanillo salió del vehículo impulsado por una fuerza muy superior a la suya. Fue dando traspiés hasta perder el equilibrio, con tan mala suerte, que fue a caer sobre un enorme charco.

—¡Maldito «boss»! ¡Asqueroso Parotta! —barbotó el pequeño «Dospiés», mientras se levantaba trabajosamente, intentando limpiarse el lodo que cubría su ropa.

El automóvil desapareció tras una esquina, en dirección a un

distrito más elegante que aquella parte del Harlem neoyorquino. «Dospíés» contempló su marcha con una mirada de odio.

«Así te lleve el diablo».

El minúsculo hombre temblaba de ira y rabia. Apenas podía pronunciar los denuestos que le venían a la boca.

«Dospíés» se había permitido recriminar a Parotta por la forma en que se había escudado en el para matar a Epsilon. La respuesta de Víctor fue arrojarle violentamente del vehículo en que los dos se encontraban.

En aquel momento, un negro acertó a pasar por el lugar. Se detuvo y, durante un rato, contempló a «Dospíés» con estúpida mirada.

—¿Te hace gracia? ¡Imbécil! —le increpó «Dospíés».

—No se enfade, hermano.

El negro, en lugar de ofenderse por el poco cortés recibimiento, se aproximó conciliadoramente al rabioso hombrecillo, colaborando en la ardua tarea de limpiar su empapado traje.

«Dospíés» pareció calmarse algo.

—Me llaman «Carbón» —dijo el negro—. Vamos, hermano, no lo piense más; venga a beber un «vinito» —agregó, con el meloso acento de los hombres del Sur.

Un cuarto de hora después, los dos nuevos amigos bebían en una de las infinitas tabernas desperdigadas por el Harlem negro.

—Tengo trece hijos y una suegra... —«Carbón» se sentía locuaz; cada vez más, a medida que iba injiriendo «vinitos», como él decía.

«Dospíés» guardaba silencio. El rencor invadía hasta lo más profundo de su alma.

—Es un mal bicho, un malvado —gruñó, al fin.

—¿Por qué me insultas, hermano?

«Carbón», creyendo que las invectivas iban dirigidas a él, no podía comprender tal agresividad.

«Dospíés» no contestó; no quería hablar. Con odio reconcentrado, rumiando planes de venganza.

—¡Escorpión, mal bicho! —Gruñía, entre trago y trago.

«Carbón», cuya ya de por sí escasa inteligencia se veía debilitada por los efectos del alcohol, le contemplaba con asombro, sin comprender una palabra.

—No te entiendo, hermano —dijo—. Estás en un lugar caliente,

con un amigo y delante de muchos «vinitos». Entonces, ¿por qué dices cosas venenosas en vez de sentirte feliz?

«Dospiés» no respondió. Sus pensamientos estaban lejos.

—Yo estaría muy contento con mis trece hijos... pero tengo también una suegra... —el negro comenzaba a hablar con una lengua trapajosa, difícilmente inteligible.

La ira de «Dospiés» comenzaba a ceder. Y a medida que el furor disminuía, aumentaban sus facultades de raciocinio.

—Me vengaré, «Carbón»; me vengaré. Esta vez, —el «matasietes» ése me las va a pagar.

—Bueno; pero ahora bebe «vinitos»... Si no tuviese una suegra... —repetía el negro, con su machacón acento del Sur.

«Dospiés» se iba serenando. Sí; se vengaría. El bandido de Parotta siempre le había despreciado. No le encargaba nada él; siempre le habían tenido, cuando más, a modo de recadero. Nunca le había confiado nada «grande», y ello le dolía a «Dospiés». Para terminar, la última faena había colmado su paciencia.

—¡Es un necio, un lerdo! —dijo, en voz alta.

—Bebe «vinitos»... Yo pago... —insistía el generoso «Carbón», que no quería oír hablar de otra cosa.

—Espérame, «Carbón» ahora vuelvo.

«Dospiés» se levantó con lentitud, dirigiéndose hacia el teléfono. Ya estaba decidido. Si el «boss» supiera... Una mirada de temor apareció en los vivos ojos de «Dospiés». Pero no, Parotta no podía estar enterado de que el hombrecillo le había espiado y que sabía muchas cosas.

Introdujo un níquel. Después extrajo un arrugado trozo de papel de periódico de uno de sus bolsillos y consultó un número, que en el mismo había escrito a lápiz.

—¿El tres mil uno? —dijo, cuando alguien respondió a su llamada.

—¿Por quién pregunta? —inquirieron al otro lado del hilo telefónico.

—No sé. Un «poli» me dio este número; quiero hablar con esa persona.

Sucedió una pausa. Luego, «Dospiés» habló mucho.

—Me alegro que ya coordines, «Dospiés». ¿Estás decidido? —preguntaron después.

—Sí. Venga a la taberna de El Camaleón. En el ciento catorce, Milrey Street.

«Dospíés» regresó a su asiento. El negro estaba ya completamente borracho; ahora era el enanillo el que se sentía locuaz.

—Mira, «Carbón»: no es que a mí me guste la «Poli» ni que yo sea un «chivato».

—Mi suegra me da palizas —intercaló el negro.

«Dospíés» continuó aquella original conversación, en la que cada uno contaba sus penas.

—El caballero ese es de la «bofia». Ha venido varias veces. Siempre me dio algunos «papiros»...

—Cuando llego borracho, coge la escoba... —siguió diciendo el negro.

«Dospíés» siguió hablando, como si tratara de justificar su conducta.

—Siempre preguntaba por Parotta. Decía que el «boss» lleva camino de la silla eléctrica y que yo debía colaborar con la «Poli» si no quería terminar cómo acabará él.

—Tengo trece hermanos y una suegra, que me rompió una costilla —explicó «Carbón».

—No soy un despreciable «chivato»; créeme, hermano «Carbón»; pero ya es demasiado. Me voy a valer de ese «poli» para vengarme del «boss».

El negro intervino otra vez:

—Fue la casualidad...; todos mis hermanos son negros, como yo...

—¡Si yo fuera físicamente más fuerte, le ajustaría las cuentas a ese gusarapo! —murmuró «Dospíés».

La incongruente conversación duró hasta que un hombre entró en la tabernucha, dirigiéndose a la mesa ocupada por «Dospíés» y su nuevo y moreno amigo. Durante un rato, el hombrecillo y el recién llegado cuchichearon en otra mesa. «Carbón», defraudado, hubo de buscar otro compañero a quién explicar sus desdichas familiares. No le fue difícil, puesto que estaba dispuesto a seguir pagando «vinitos».

—Vamos, entonces.

«Dospíés» se levantó con desgana.

—Usted no es el «poli» con quien yo hablé —dijo—. Lo que tengo que explicarle, sólo se lo diré a él.

—Venga; adelante —respondió el agente del

F. B. I.,

que había acudido a la cita de «Dospiés»—. Buscaremos al inspector Collier.

Y ambos se dirigieron a Centre Street.

A Moltey le quedaban pocas horas de vida.



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLÁN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

VIII



AS cinco de la madrugada; dentro de una hora. Moltey sería ejecutado.

El despacho del domicilio particular de Collier ofrecía un ambiente viciado; el humo del tabaco había enrarecido el aire.

El inspector paseaba nerviosamente de un extremo al otro de la habitación. Londa, sentado en una silla, fumaba sin cesar.

—¿Qué hacemos, inspector? —apremió Londa.

Collier, remarcando cada una de sus palabras, respondió:

—El

F. B. I.

no puede proceder contra Parotta; no existen pruebas de ninguna clase; tan sólo nuestras sospechas y opiniones personales.

—Cierto, inspector; el

F. B. I.

no puede proceder contra Parotta; pero...

—¿Pero?... —interrumpió Leo Collier.

—... nosotros, sí. ¡Podemos y debemos actuar!

Durante unos instantes reinó profundo silencio en el despacho. Por fin, Collier dijo:

—¿Estaría dispuesto, Londa?

—¡Ahora mismo! —respondió el agente del

F. B. I.

—Bien; avise a Phiew. También querrá venir.

A los pocos instantes, tres hombres valerosos, llenos de coraje, abandonaban el domicilio de Collier. En un coche atravesaron raudos unas avenidas neoyorquinas.

Quando el automóvil se detuvo, el inspector Collier estrechó la mano de sus compañeros, que se habían ofrecido incondicionalmente para acompañarle en la peligrosa aventura que en aquel momento iban a iniciar.

Collier miró su reloj: las cinco y treinta y cinco. Faltaba media hora escasa; después, Moltey...

Durante semanas, Collier había investigado, trabajando infatigablemente para demostrar la inocencia de su subordinado y amigo; todo había sido inútil. Había llegado al convencimiento pleno de la culpabilidad de Víctor Parotta, pero hacían falta pruebas. ¡Pruebas!

Por último, Collier había solicitado, tan sólo hacía unas horas, el aplazamiento de la ejecución de la sentencia. La petición no pudo ser tenida en cuenta.

—Necesito orden superior. Lo siento, amigo —fue la respuesta recibida.

Ello era lógico; por tres veces, Collier había logrado la demora en la ejecución; pero todo tenía su límite. Los periódicos comenzaban a hacer circular rumores tendenciosos: «Como es del

F. B. I.

Al final le salvarán de la “silla”...».

No había solución o Collier aportaba alguna prueba de la inocencia de Moltey o éste moriría irremisiblemente a las seis de la mañana.

Y el inspector, animado por Londa, había decidido hacer un esfuerzo supremo. Por los métodos legales, nada se podía hacer.

Pues bien: prescindirían de ellos, aun sabiendo lo mucho que arriesgaban.

Los tres hombres, que ya habían abandonado el coche, cruzaban la acera.

—Aún estáis a tiempo de volveros atrás —dijo Collier.

—Será un juego divertido —respondió uno de sus acompañantes.

—Adelante —agregó el otro.

En los rostros de los hombres se reflejaba profunda determinación. El inspector se sintió orgulloso de sus subordinados. ¡Con gente así no eran extraños los constantes éxitos del F. B. I.!

Llegaron ante un edificio: la casa de Víctor Parotta.

Collier ordenó:

—Londa: tú, a la escalera de incendios. Phiew y yo entraremos.

A Londa no le hizo ninguna gracia. Hubiese preferido estar desde el primer momento en el lugar de peligro, pero alguien tenía que montar la guardia. ¡Mala suerte!

Comenzaron a actuar. La noche brumosa, oscura, desagradable, favorecía su actividad. Con paso firme avanzaron unos pasos a través de la niebla.

—Suerte, inspector.

Londa se dirigió hacia un rincón, en el cual se hallaba una escalera de incendios.

Collier y Phiew se aproximaron a un portal. El inspector, con mano diestra, manipuló un momento con varias ganzúas. A los pocos instantes, la puerta giraba sobre sus goznes.

Los dos hombres, iluminados por el haz de la linterna de Leo Collier ascendieron, después de cerrar la puerta, por la lujosa escalera de la mansión. Por último se detuvieron ante la entrada de uno de los departamentos en un piso alto.

El corazón de los dos hombres latía desusadamente; era nuevo para ellos aquello de jugar a ladrones, y además, el juego era arriesgado. Se miraron uno a otro comunicándose mutuamente una aleada de decisión. Por la mente de Collier pasó la rápida visión de la silla eléctrica; durante unos instantes se imaginó la escena; Moltey avanzaría sereno, erguido, hasta altanero. Tras él, los agentes, el sacerdote desgranando una oración. Luego...

Leo no vaciló más. Con mano segura volvió a manipular con su juego de ganzúas y los dos «ladrones» tuvieron paso franco.

Una vez en el interior de la vivienda, guardaron silencio, permaneciendo inmóviles. No se oía absolutamente nada. Aquello parecía desierto...; pero sabían que estaba allí un hombre: aquél cuya morada estaban allanando.

Collier había estudiado el plano de la casa, y con paso decidido se dirigió, silenciosamente, hacia el despacho. Phiew tras él.

Con destreza comenzaron un minucioso registro de todos los cajones y armarios. El resultado fue negativo: nada que pudiese aclarar el caso Moltey.

Collier hizo un gesto de desaliento al consultar su reloj: las cinco cuarenta y cinco; faltaban pocos minutos para que la guadaña de la muerte segara la vida de un hombre fuerte, sano... inocente.

El sentimiento de desesperación ante aquel tremendo error que la Justicia estaba a punto de cometer, ante su impotencia para salvar a su gran amigo, se impuso, finalmente, a la impresión que le causaba el actuar fuera de la ley, como un vulgar delincuente.

Phiew ayudó a disipar los escrúpulos de Leo.

—Adelante, inspector —dijo—. Vamos por él; queda poco tiempo.

—Vamos —decidió Collier.

Ambos veteranos salieron al pasillo; Collier se puso delante, guiando al agente especial hacia un dormitorio de la casa. Ante la puerta del mismo se detuvieron, escuchando en silencio. Hasta ellos pudo llegar el rumor de una respiración acompasada. El dueño dormía.

Collier asió el picaporte de la puerta. Una inquieta interrogante le asaltó; ¿y si la puerta rechinase?

¿No temía la lucha, la muerte?; era un inspector del

F. B. I.

Ello bastaba para acreditar su valor. Pero le contenía la posibilidad de la detención, el proceso, la cárcel, el deshonor.

Las seis menos diez.

No vaciló más, Moltey había pasado por aquel trance, y quedaban pocas esperanzas de que se librara de apurar el amargo cáliz hasta el final. Cada vez menos, mientras él perdía los escasos instantes que quedaban.

Fue cosa de segundos. A tientas se aproximaron a la cama. Un haz luminoso descubrió la faz del durmiente. Simultáneamente, los férreos brazos de Phiew hicieron presa en el hombre, que, debido a la sorpresa, no tuvo tiempo de defenderse.

Parotta quedó a merced de los intrusos.

La escena que sucedió fue terrible. Collier pegaba fuerte y acertado: buscaba hacer daño, y lo conseguía. Duró apenas un par de minutos; no había tiempo que perder.

—¡Confiesa! ¡Confiesa!

La desesperación brotaba de las palabras del inspector.

Parotta, aun en el deplorable estado en que quedara tras la paliza, supo expresar con una sonrisa su cruel ironía.

—¡Si Moltey muere, te mataré, aunque sea lo último que haga en este mundo! —amenazó Collier.

Parotta no respondió. Era un hombre duro; sabía aguantar.

Collier estaba a punto de darse por vencido, cuando, por un instante, vio, reflejado en el cristal de la ventana, ciertos destellos luminosos.

Era Londa, que hacía señales desde la escalera de incendios.

—Cuida de él, Phiew.

Collier, completamente derrotado, salió de la habitación con paso lento. Ya no había nada que hacer. Dentro de breves instantes, su amigo Douglas sería electrocutado. Todo daba ya igual.

Londa le salió al paso. Venía excitadísimo.

—¡Inspector —exclamó—; está abajo, atado en el coche!

—¿Te localizó algún agente? —preguntó Collier, temiendo complicaciones con la Policía.

—¡El hombre, inspector; el hombre que puede salvar a Moltey!

Collier dio un brinco; sin pensarlo, se lanzó como una tromba por la escalera de incendios.

Eran las seis menos cinco. Apenas había tiempo de, a toda velocidad, alcanzar la prisión.

¡En efecto: era él! El hombre que Collier andaba buscando. El inspector reconoció inmediatamente a «Dospíés».

—Ve por Phiew, Londa —ordenó el inspector—. Dejad a Parotta, libre; si nos denuncia, mala suerte; pero que no se entere que tenemos a «Dospíés».

Cuando pronunció las últimas palabras, el coche ya rodaba por

las desiertas calles.

Durante el trayecto, «Dospíés» respondió atolondradamente. Estaba tan asustado, que no vaciló en confesar.

Hasta en la menor de sus reacciones era un criminal vulgar, y como tal, reaccionaba. Había decidido vengarse del «boss» y lo estaba haciendo. Después de su relato, Parotta no saldría muy bien librado.

Después que «Dospíés» y el agente que fue a buscarlo a la taberna El Camaleón hubieron llegado a Centre Street, esperaron en vano la llegada de Collier. Como «Dospíés» se negara en redondo a hablar con nadie, sino con el inspector, y puesto que insistía en la urgencia del caso —antes de las seis, decía, antes de las seis—, el agente especial *Pub* decidió llevarle a dónde estaba Collier; él, y solo, él sabía que estaba entendiéndoselas con Parotta.

Se disponían a subir por la escalera de incendios, cuando encontraron a Londa. Eso era todo...

—¿Qué sabes de la muerte de Epsilon? —preguntó Leo Collier.

—Nada. Parotta me ordenó preguntar por él, seguirle... y luego le encontraron muerto. Y la culpa fue para mí.

—¿Qué sabes de la muerte de Wear?

—Fue Parotta; le oí hablar de ello con alguien del «gang»; le espié...

Collier consultó el reloj.

Las seis menos un minuto.

La desesperación se pintó en el rostro del inspector, ¡imposible llegar a tiempo de salvar la vida de Moltey!

Frenó violentamente. Con el semblante demudado, desencajadas las facciones, abandonó el coche, dejando a «Dospíés», que continuaba atado. Miró a derecha e izquierda. ¡Ninguna farmacia! Y Moltey iba a morir.

Angustiado, corrió hacia el primer portal, y por tercera vez en aquella infausta noche, se valió de las ganzúas. Se detuvo ante la puerta del primer departamento, que encontró, pulsando el timbre continuamente.

El reloj avanzaba inexorablemente.

Cincuenta segundos... cuarenta y cinco... cuarenta y tres...

¡Cuánto tardaban en abrir! Y Moltey debía estar en aquel momento caminando altivo, sereno, con el corazón lleno de una

infinita amargura, por los lóbregos pasillos de la prisión...

Treinta y siete segundos.

Quizá estarían atándole ya a la silla infernal... colocándole el aparato en la pierna...; en la cabeza, con la cara cubierta por un capuchón.

Veintinueve segundos.

Collier, desencajado, frenético, aporreaba la puerta con ambos puños. En aquel momento se dispuso a utilizar las ganzúas, pero no fue preciso; la puerta se abrió, y un hombre gordo, bajito, soñoliento, apareció en el quicio, en camisón de dormir, presentando un aspecto cómico, que las circunstancias transformaban en trágicas.

—¡El teléfono, hombre; el teléfono! —bramó Collier.

El inquilino parecía no coordinar. Por fin, haciendo un esfuerzo supremo, comprendió lo que le decían.

—¡No tengo! —exclamó.

Collier no pudo reprimir un sollozo de angustia.

¡Diecisiete segundos!

En la puerta de enfrente tuvo más suerte. Con su estruendo había despertado a toda la vecindad, y a la primera llamada abrieron. Antes de que pudiera hablar, una vieja impertinente, indicó:

—Por aquí; hable y lárguese. ¡Vaya horas de importunar!

Collier marcó apresuradamente.

—¡Eh, oiga; con el director!

Sucedió una pausa.

—Aquí, el inspector Collier —añadió—. ¡Suspendan la ejecución! Tengo al verdadero culpable.

Durante unos momentos hablaron desde el otro lado del hilo telefónico. Después, Collier, pálido, desencajado, se lanzó hacia la calle como un demente. Ciego, sin mirar a ninguna parte, se abalanzó hacia el coche. Loco, sin saber lo que hacía, pegó y pegó a «Dospíes», quien, indefenso, no se quejaba; comprendía el significado del estado de ánimo del inspector.

Collier furioso, con rabia inaudita, seguía pegando. Una vez y otra, otra; otra más. A la vez exclamaba:

—¡Tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Es tarde!

IX



El ruido de pasos, que resonaban tétricamente en los lóbregos pasillos de la prisión, sacó a Moltey de la aparente indiferencia en que se había sumido.

Alguien se acercaba a la celda. ¿Habría concluido ya la última media hora de su vida?

Los pasos continuaron acercándose paulatinamente, hasta que, de súbito, cesaron.

Un leve murmullo llegó hasta la celda. Después, Moltey pudo oír claramente unos gritos:

—¡Dougly! ¡Dougly!

El condenado se levantó, como lanzado por una sacudida eléctrica.

¡Era Lydia! Sí; Lydia, que no le abandonaba en los últimos trágicos instantes. Lydia, que trataba de verlo, sin conseguirlo. Los

reos de muerte no gozaban de aquel derecho. Lydia, que, fracasado su intento de hablar con él, le avisaba con sus gritos que estaba cerca, dispuesta a ayudarle, porque no le había olvidado.

¡Gran mujer Lydia!

Moltey se dispuso a actuar. ¡Por ella merecía la pena de intentar todo!

Al terminar la guerra, Douglas fue destinado a Núremberg como miembro de las fuerzas de ocupación. Desde allí pudo seguir detalladamente los procesos contra los criminales de guerra. Le impresionó singularmente la argucia de uno de los procesados. A pesar de la vigilancia a que estaban sometidos; no obstante ser desnudados por completo y registrados minuciosamente varias veces al día; pese a que no se les permitían las visitas, aquel hombre consiguió agenciarse una ampollita de veneno, con la que se quitó la vida horas antes de ser ahorcado.

Más adelante, el caso de un político francés, condenado a muerte por colaboracionismo, atrajo también su atención. Aquél injirió una cantidad de veneno, que, no siendo suficiente para matar a un hombre, bastaba para ponerlo en grave estado de salud, con lo que posiblemente lograría un aplazamiento de la ejecución.

Cuando Moltey ingresó en el
F. B. I.,

pensó que aquellas enseñanzas podrían serle útiles en alguna ocasión en su lucha contra el crimen. Se mandó construir dos dientes artificiales, cada uno de los cuales contenía una determinada dosis de veneno; en uno de ellos, mortal; en el otro, tan sólo capaz de poner a una persona en grave estado.

Aquellos dos dientes los conservaba Moltey en su domicilio. Un tercero, artificial, pero inofensivo, iba colocado en su boca.

Jamás había sospechado Douglas que tuviese que utilizarlos en las trágicas circunstancias en que entonces se encontraba.

En la última sesión de su proceso —¡qué lejano parecía aquello!—. Moltey había hablado con Lydia. Y ella abandonó la sala de justicia. Corrió a casa de Douglas, regresó a la Audiencia, y besó largamente en la boca a su prometido.

Tras la primera impresión que los gritos de hacía un instante habían despertado en Moltey, éste había vuelto a sentarse en un

taburete de la celda de los condenados a muerte. El guardián lo contemplaba con mirada inexpresiva.

Douglas permanecía sentado, aparentemente sumido en profunda postración. Su lengua rozaba un determinado diente... Aquel que llegó a su poder como consecuencia de un beso de Lydia.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¡Si la muchacha se hubiese equivocado! ¡Si le hubiera dado el que contenía la dosis mortal! Ambos eran en apariencia iguales. Tan sólo se diferenciaban en que uno estaba a la derecha del otro.

«El de la izquierda, Lydia; ¡el de la izquierda!», le había recomendado Moltey.

¡Si se hubiera equivocado...!

Moltey se encogió de hombros; al fin y al cabo, la silla eléctrica era peor.

A oídos de Douglas llegó el ruido de pasos.

La trágica comitiva se acercaba a la celda de los condenados a muerte. Resultaba impresionante, muy impresionante, el eco de las fuertes pisadas de los guardianes mezclado con el susurro de las oraciones del capellán...

De repente, cuando ya estaban llegando, la tranquilidad fue rota por los gritos de alarma del vigilante de vista, responsable de Moltey.

—¡El médico! —exclamaba el funcionario, con voz alocada.

Cuando el doctor que había de certificar la defunción por electrocución llegó, Douglas yacía tendido en las frías losas de la celda.

Su cuerpo sufrió varias violentas convulsiones; los músculos, rígidos; las facciones, contraídas; el dolor, espantoso, como si un río de fuego líquido abrasase sus venas.

Después, quedó inanimado, inmóvil, con la quietud de la muerte.

El médico procedió a un rápido examen.

—Envenenamiento —dictaminó—. ¡Trasládenle inmediatamente a la enfermería!

La ejecución fue aplazada.

Fue en aquel instante cuando el director de la prisión recibió la angustiada llamada telefónica del inspector Leo Collier del F. B. I.

—¡Suspendan la ejecución! ¡Tengo al verdadero culpable! —
había exclamado el inspector.

La respuesta que Collier recibió fue:

—No habrá ejecución; el reo se ha envenenado.

Entonces, Collier, desesperado, volvió al coche, en el que se encontraba «Dospíes». El hombrecillo pudo comprobar la fuerza de los puños del inspector, mientras éste gritaba:

—¡Tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Es tarde!

Mientras ocurría aquello, Moltey era trasladado a la enfermería. Las horas pasaron antes de que recobrara el conocimiento.

Cuando Douglas abrió los ojos, le dolía terriblemente la cabeza. Tardó varios segundos en coordinar; pero después, poco a poco, las ideas fueron tornando a su mente.

Recordó su desesperada situación, la celda de la muerte, los gritos de Lydia. Aquel último pensamiento galvanizó todo su ser. Moltey volvía a ser el de siempre; luchador, valeroso, invencible.

Rechinaron sus dientes. ¡Lucharía!

El primer enemigo con que tendría que enfrentarse era él mismo: la debilidad y pesadez de su cuerpo. Pero no importaba; la voluntad se impondría.

En aquel momento se abrió la puerta de la enfermería. Penetraron varios hombres; entre ellos pudo Moltey reconocer al director de la prisión y al médico de la misma.

El doctor se aproximó a Douglas, examinándole con aires de experto. Después dio su diagnóstico, en voz tan baja, que Moltey no pudo oírlo. Unos minutos más tarde quedaba de nuevo solo en la enfermería.

Douglas no perdió tiempo. Actuó con rapidez y precisión; con seguridad, aplomo, sangre fría. La ventana sin rejas. Sábanas.

Todo salió a la perfección.

Poco después, un automóvil se deslizaba raudo por las grandes carreteras de Nueva York. Una muchacha rubia conducía con habilidad. En los asientos de atrás, Douglas Moltey, cambiándose rápidamente de ropas.

Lo que parecía imposible había ocurrido; un condenado había huido de la prisión del Estado cuando ya el verdugo ponía punto final a los últimos preparativos. ¡La silla eléctrica había sido burlada!

Cuando Lydia detuvo el coche en plena carretera, comenzaba a alborear.

—¿Por qué paramos? —preguntó Moltey.

—He organizado todo muy bien —dijo Lydia, con un delicioso ademán de picardía.

Un individuo se acercaba en una bicicleta.

Al llegar junto al coche, el hombre se detuvo, descendiendo de la bicicleta.

—A sus órdenes, señorita —dijo.

—A casa, Lefevre.

Un momento más tarde, el coche partía, conducido por Lefevre. El asiento de atrás iba ocupado por una bicicleta.

Lydia y Moltey quedaron solos en la carretera.

—¡Magnífica, Lydia! —exclamó Douglas.

El chófer de Lydia llevaría el automóvil al garaje donde habitualmente se guardaba; de este modo, cuando la Policía se lanzase en persecución de Moltey, no podría encontrar ningún rastro.

La pareja comenzó a caminar por un sendero de ínfima categoría. Andaban cogidos de la mano, con paso rápido, sin hablar, preocupados, únicamente, de alejarse de aquellos lugares.

Llevarían recorrida una milla, cuando Lydia rompió el silencio:

—Detrás de aquel recodo, oculto entre los arbustos, tienes tu «hogar», Dougly.

Moltey no pudo ver nada. Avanzaban a través de una zona arbórea, de espeso follaje, que impedía la visión. Desde luego, excelente lugar para un fugitivo.

Unas yardas más, y ante los ojos de Douglas apareció una choza, una cabaña que en algún tiempo debió pertenecer a un pastor, perfectamente disimulada entre los arbustos.

—¿Qué tal, Dougly?

Él no respondió; tomándola entre sus brazos, la estrechó con ternura.

—¡Dougly, Dougly!

La pareja, olvidándose de cuánto la rodeaba, se sentía feliz.

—¡Aquí estarás a salvo, Dougly! Mira —le enseñó el interior del chamizo—: aquí tienes ropa y lo necesario para afeitarte.

Se besaron.

—Te quedarás aquí hasta que pase el revuelo; cuando la Policía ceda en la persecución, creyendo que estás muy lejos, podremos huir a México, a Europa... ¡A donde quieras!

Moltey no contestó. Sus proyectos eran muy diferentes, pero no dijo nada.

En aquellos bellos instantes nada importaba; eran «Él y Ella», los eternos; «Él y Ella», que se sentían felices y creían estar soñando; los dos habían pensado que no se volverían a ver, ¡y ahora estaban el uno en los brazos del otro!

—¡Dougly!

Moltey miró hacia el cielo. El sol se elevaba en el horizonte, comenzando a caldear la atmósfera.

—De no ser por ti, Lydia, a estas horas estaría «tostado».

Ella le puso una mano, delicadamente, sobre los labios.

—No hablemos de eso, Dougly.

Y se sumieron en una almibarada conversación, dando rienda suelta a sus sentimientos, tanto tiempo reprimidos.

—Tienes que marcharte, Lydia —dijo Moltey, al fin.

—No, Dougly; me quedaré contigo.

Él la contradijo, con suavidad y firmeza:

—Te marcharás, Lydia; es mucho mejor. De este modo, nadie sospechará de ti y podrás ir y venir, enterarte del desarrollo de los acontecimientos y ponerme al corriente.

—No, Dougly; quiero quedarme...

Él la interrumpió:

—Irás a la ciudad. Harás tu vida normal hasta mediodía; después, vuelves y me traes los periódicos.

Lydia, aun en contra de sus deseos, tuvo que reconocer que aquélla era la mejor solución. Una hora más tarde, tomaba el tren en la estación de un arrabal de la ciudad.

Moltey quedó solo; después de afeitarse cuidadosamente, se recostó en un árbol, dispuesto a tomar el sol. Nunca, hasta aquella ocasión, pudo apreciar lo delicioso que era el aire libre, la Naturaleza. Después de las semanas pasadas en la prisión, no comprendía cómo ningún hombre pudiese ambicionar otra cosa.

Fumaba con deleite. ¡Qué delicada era Lydia, que le había proporcionado su pipa y la marca de tabaco que habitualmente usaba!

El tiempo transcurría. Moltey, disfrutando de las delicias del campo, se había sumido en un estado de placidez.

De pronto, algo despertó sus emperezados sentidos.

¿Qué había sido ese ruido? Escuchó atentamente. Sí; no cabía duda: crujido de ramas. ¡Alguien se acercaba!

Douglas se levantó. Con rapidez vertiginosa había aparecido en su mano una «Luger», cuya posesión también había de agradecer a Lydia.

Ocultándose entre unos arbustos, esperó, al acecho. Todo aquello, en una mañana tan soleada, clara, radiante, parecía irreal. Sin embargo, la verdad era que estaba fugitivo, que toda la Policía andaría tras sus huellas y que tendría que andarse con mucho cuidado si no quería cambiar los encantos del campo por la penumbra de la celda de la muerte.

Los crujidos se oían cada vez más cerca. Moltey dedujo enseguida que se trataba de una sola persona, que, por cierto, no tomaba demasiadas precauciones.

Los pasos se acercaban más y más. Douglas esperaba, con los nervios en tensión y la «Luger» preparada. No querría tener que disparar, pero...

De súbito, un individuo apareció ante su vista. Iba correctamente vestido y en su aspecto nada delataba que persiguiese a nadie; carecía de armas, al menos visibles. Como si conociese muy bien todo aquello, se dirigió a la cabaña. No sospechaba que el cañón de una «Luger» seguía sus movimientos.

—¡Plevy! —exclamó Moltey de pronto.

En efecto, se trataba de Plevy, el hermano de Lydia.

Douglas, guardando la pistola, salió a su encuentro. Se abrazaron. Plevy había ayudado a Lydia a preparar el refugio para Douglas.

El hermano de Lydia siempre había admirado las extraordinarias dotes de Moltey. Cooperó a la fuga del agente convencido de que el éxito coronaría sus esfuerzos.

—Gracias a vosotros, Plevy —respondió Douglas.

—Gracias a ti —rectificó el hermano de Lydia.

Plevy tenía razón; el mérito de la hazaña correspondía tan sólo a Moltey, que había sido el cerebro director de todo. Él tenía preparadas las cápsulas de veneno, él supo ocultarlas durante la

prisión, y él, sin ayuda de nadie, logró salvar aquellos inexpugnables muros de la cárcel.

—Nosotros sólo hemos sido los comparsas, que hemos cumplido tus instrucciones, Douglas, Te trajimos el veneno porque tú lo indicaste, te esperó Lydia con el coche porque así se lo dijiste en la Audiencia; en cuanto a prepararte este escondrijo... a cualquiera se le hubiera ocurrido.

Cambió el rumbo de la conversación.

—¿Qué proyectos tienes? —inquirió Plevy.

Durante un rato los dos hombres charlaron. Después, se despidieron.

—Lydia vendrá al mediodía. Al atardecer la enviaré a su casa, y a las once iré a buscarte. ¿De acuerdo? —dijo Moltey.

—De acuerdo. Yo no volveré a la ciudad, hasta esa hora permaneceré en la granja Wellas.

Y Plevy marchó a través del campo, con dirección a la citada granja.

Pasaron las horas, llegó el mediodía, y Lydia no llegaba.

Douglas esperaba impaciente. A las cuatro comenzó a inquietarse; a las cinco paseaba, presagiando lo peor; a las seis decidió lo que tenía que hacer; a las ocho comenzó a actuar.

Tenía decidido su plan de acción: primero iría en busca de Lydia; después, a las once, se reuniría con Plevy, que se había empeñado en acompañarle para buscar a Parotta.

¡Parotta! Desde luego, lo encontraría. Pero no lo mataría: le haría confesar, demostraría su propia inocencia, y, luego, Víctor se sentaría en la silla eléctrica. A él le correspondía tal honor y no a Moltey.

Douglas abandonó su refugio, con dirección a la capital. Tendría que caminar unas millas, pero era preferible esto a arriesgarse a ir a la cercana estación del ferrocarril.

Moltey no utilizaba ningún disfraz; sin embargo, por la forma de llevar la ropa, por sus actitudes, por el modo de caminar, tan opuesto a la forma inherente a su verdadera personalidad, hubiera sido difícil reconocerle. Moltey fue un discípulo eficiente en Quántico.

Ya se encontraba en pleno Nueva York. La noche era oscura, y la niebla, que difuminaba la luz de los faroles, favorecía los planes de

Moltey. Era fácil disimularse en cualquier saliente de una casa, ocultarse en cualquier rincón oscuro de una calle.

Douglas se subió el cuello de la trinchera; al caldeado día había sucedido una noche húmeda y fresca. Con las manos en los bolsillos caminaba rápidamente hacia el domicilio de Lydia. A medida que avanzaba sentía su corazón más alegre.

«Todo se aclarará. Todo se aclarará».

Continuó caminando. De repente, al torcer una esquina, se dio de sopetón con un individuo. Aquél se detuvo, preguntando a Moltey:

—¿Puede darme fuego?

Ni por un instante había perdido Douglas su sangre fría. Con la mayor naturalidad, procedió a complacer a aquel hombre.

—Gracias —dijo el otro, emprendiendo su camino en dirección contraria a la que llevaba Moltey.

Diez minutos más tarde, Douglas se detuvo. A pocas yardas se elevaba la mole de cemento y hierro, en uno de cuyos innumerables departamentos vivía Lydia. No se acercó al portal de la casa; aunque no podía ver a nadie, adivinaba la presencia de agentes, al igual que los habría ante el Tatí Club, en el domicilio de Parotta y en todos los lugares respecto a los cuales existiese la más o menos remota posibilidad de que Douglas se acercase a ellos.

Moltey se introdujo en el edificio contiguo; se hallaba en uno de los distritos más lujosos del Manhattan. En uno de los ascensores subió al último piso. Desde allí pasó a la terraza, por dónde caminó unos instantes hasta encontrarse en el límite del edificio; junto a él estaba el rascacielos en que vivía Lydia, pero la diferencia de altura era de varias yardas.

El salto era peligroso; sin embargo, se dispuso a darlo.

Se lanzó al espacio y, en lugar de dejarse caer de pie, que era el mejor sistema de hacer oposiciones a una ruptura de piernas, fue su hombro el que estableció el primer contacto con el edificio contiguo. Inmediatamente, con una ágil distensión de músculos, hizo que la violencia del choque se repartiera sobre sus amplias espaldas. A los pocos momentos se ponía en pie, con el cuerpo dolorido, pero sin percance más grave que unas magulladuras.

De repente, se lanzó a tierra. ¡Eran precavidos en la Policía! Un agente fumaba con aire de aburrimiento, paseando por los estrechos

límites de la terraza. Las chimeneas habían impedido que observase la operación realizada por Moltey.

Douglas consideró fácil burlar su vigilancia. El otro no pertenecía al

F. B. I.,

y él, sí.

Pocos momentos más tarde, Moltey descendía ya por el interior del edificio. El agente continuaba fumando, arriba.

Douglas hizo un cálculo mental: habría de bajar siete pisos para encontrarse en la planta ocupada por Lydia. Sin embargo, al llegar a la sexta, contando desde arriba, se detuvo. Suponía que en el piso siguiente, otro policía vigilaría.

Moltey ya tenía forjado su plan. Sin vacilar, pulsó un timbre.

Al cabo de un rato se oyeron pasos al otro lado de la puerta. Moltey, preparado, esperó.

Alguien preguntó:

—¿Quién llama?

—Vengo a dar un encargo de parte de la señorita Lydia, del piso de abajo —respondió Moltey.

La puerta se abrió unas pulgadas, e inmediatamente, con objeto de evitar que volviesen a cerrar, Douglas introdujo el pie en la rendija que había quedado abierta.

Un señor rechoncho, que ocultaba su calva mediante un bisoñé, preguntó, entre asustado y perplejo:

—Bueno; ¿qué es lo que desea?

Antes de que terminara la frase, Moltey estaba ya en el interior del departamento. Suavemente había empujado la puerta, así como al hombre que estaba tras ella.

—Escuche, amigo —dijo Douglas—: soy agente del F. B. I.

y estoy investigando en el caso de la fuga de un condenado a muerte. Creemos que el fugitivo está en el piso de abajo. Usted debe ayudarme.

Los ojos del rechoncho hombrecillo brillaron de interés. ¡Aquello era emocionante! Un agente del

F. B. I.

en su casa. Un criminal escapado en el departamento de abajo... El hombre se sentía un héroe. Con acento protector, exclamó:

—Claro, claro que le ayudaré. ¿Qué debo hacer?

Moltey respondió:

—Nada, por su parte; tan sólo permitir que, desde una ventana que coincida con una de abajo, me descuelgue yo.

Un gesto de horror se dibujó en el rostro bonachón de aquel hombre. Él había leído esas cosas en los libros de aventuras, pero presenciarlo en la realidad...

—Bien, señor; como quiera —un escalofrío recorrió el cuerpo del buen hombre.

Condujo a Douglas hasta otra habitación, levantando a continuación la persiana de la ventana. El hombre, todo solícito, ayudó a Douglas a descolgarse. ¡Quizá le diesen una medalla!

Douglas inició el peligrosísimo descenso; durante unos instantes, interminables instantes, permaneció suspendido en el vacío. Después previa contracción de sus músculos, se dejó caer sobre la estrechísima cornisa que quedaba a media yarda de sus pies. Durante un momento creyó que perdía el equilibrio y que todo estaba concluido, que caería en el vacío; pero pudo sobreponerse a aquella sensación. Con un esfuerzo supremo, logró desplazar el centro de gravedad de su cuerpo. Al fin pudo asirse al borde de la ventana.

Lanzó un suspiro de alivio. Tras recobrar alientos, fue avanzando, pulgada a pulgada, hasta que, al cabo de varios minutos de realizar esta penosa marcha, se encontró ante la ventana.

Entonces se olvidó del peligro en que se hallaba; de los que le acecharían, después, en la calle; de su angustiosa situación, perseguido por la Justicia, y hasta de Parotta. El corazón le latía con fuerza. En aquel momento no era más que un hombre enamorado que se acerca a la mujer elegida... temiendo cualquier cosa.

Desechando pensamientos, volvió a actuar. Forcejeó en la ventana y, tras algunas intentonas fracasadas, logró abrir. Un instante después se encontraba en el interior de la habitación. Permaneció inmóvil, escuchando. No se oía nada.

Encendió la linterna, buscando el conmutador de la luz. Al iluminarse la habitación no pudo reprimir un gesto de horror. ¡Se hallaba en el dormitorio de Lydia, era evidente, y la cama estaba deshecha, pero Lydia no estaba!

La habitación estaba completamente revuelta, demostrando que había habido lucha; estaba claro que Lydia había salido en contra de su voluntad. ¡Raptada, quizá!

Comenzó un registro de la casa. Por todas partes, desorden. De repente, al entrar en el comedor, se encontró con un hombre atado y amordazado. Moltey comprendió enseguida: era el agente que debía vigilar la puerta. Le habían atacado y reducido.

Douglas procedió a quitarle la mordaza.

—¡Hable! ¿Qué ha ocurrido?

Moltey, acostumbrado a dar órdenes, volvía a ser el agente especial.

El hombre respondió:

—Eran varios. Me atacaron simultáneamente. Me defendí, pero lograron inmovilizarme.

—¿Y la señorita? —preguntó Douglas.

—Se la llevaron. También atada y amordazada. Luchó con todas sus fuerzas.

—¿La maltrataron?

—No —respondió el agente.

Nada más sabía aquel hombre. Moltey quedó por unos instantes desorientado. Después volvió a amordazar al hombre. No le convenía que, de momento, interviniese la Policía. El agente le miró con infinito asombro.

Salió a la escalera, bajando a la calle. Ya no había peligro; era evidente que los raptos —hombres de Parotta, sin duda— se habrían deshecho también del agente estacionado en la puerta.

Una vez en la calle, Moltey se dirigió al punto de cita con Plevy.

X



DONDE vamos por aquí?

Moltey había puesto el coche en marcha, tomando la dirección contraria a la del domicilio de Parotta. Ello motivó la pregunta de Plevy.

—A la casa de campo de nuestro «amigo» —Moltey agregó—: No está en su departamento; tampoco en el Tatí Club.

Douglas había abandonado el piso de Lydia, dejando allí atado al agente. Después entró en una farmacia, desde donde hizo varias llamadas telefónicas. En todas ellas hizo la misma pregunta:

—¿Está el señor Parotta? De parte de Wear.

Y siempre le habían contestado lo mismo:

—No, señor; no sabemos dónde pueda estar.

Hasta que utilizó un último truco. Llamó al Tatí Club, preguntando:

—¿Hay algún recado para el señor Parotta? Habla su secretario.

—Nada; el jefe ha salido para la casa de campo del señor Parotta. Deseaba hablar con él.

Aquello bastó. Desde allí. Moltey fue al lugar de la cita con Plevy.

El automóvil se deslizaba por la carretera, después de abandonar la ciudad por el Sur. Durante muchas millas guardaron completo silencio. Moltey estaba preocupado por el paradero de Lydia; a Plevy también le consumía la impaciencia, pensando en su hermana.

—Donde esté Parotta, estará ella.

Y con la esperanza de encontrarla, Douglas pisó el acelerador. Los dos hombres guardaban silencio.

—¡Nos siguen! —exclamó Moltey, de repente.

En efecto, en el espejo retrovisor se reflejaba la luz de los potentes faros de un vehículo que se aproximaba; evidentemente iba ganando terreno.

Sin duda, se trataba de la Policía. Un torbellino de pensamientos se apoderó de Moltey; instintivamente, extrajo del bolsillo la «Luger».

Aunque para él ya dejaba de resultar original el ser un fugitivo de la Justicia, en cada posible ocasión de choque se le volvía a presentar, más intenso, el problema de si resistiría a la fuerza pública o se entregaría.

—Acelera, Moltey. ¡Se trata de una motocicleta de la Policía!

Douglas no intentó hacerlo. Estaba convencido de que hubiese sido completamente imposible evadirse. Tratar de competir con las potentes máquinas de los agentes, era locura.

—Pasa al volante, Plevy —dijo.

El hermano de Lydia obedeció.

—Cuando yo haya pasado a la parte posterior del coche, frena. Con un poco de sangre fría, solucionaremos esta situación.

A pesar de estas palabras, Douglas no creía que la situación fuese tan satisfactoria.

—¡Vamos, Plevy, detente!

Moltey se había colocado en el rincón más oscuro del asiento de atrás.

—¡Frena, Plevy, frena!

El hermano de Lydia, por el contrario, había pisado el acelerador a fondo.

—¡No te detendrán otra vez, Douglas! —gritó.

Sin embargo, la motocicleta iba ganando terreno. Pulgada a pulgada se aproximaba al automóvil.

—¡Para; no seas loco!

Moltey se incorporó, tratando de convencer a su amigo.

Plevy no se dio por vencido hasta que comprobó en el espejo retrovisor que la huida era imposible. El agente estaba cada vez más cerca.

Por fin, Plevy fue reduciendo la marcha paulatinamente.

Moltey se colocó en el rincón más oscuro del asiento de atrás. Allí esperó, con los músculos tensos, el momento decisivo. En su mano empuñaba la pistola, aunque todavía no había decidido si la utilizaría o no. Una intensa batalla se desarrollaba en su interior; su honradez congénita se oponía a atacar a ningún agente; el concepto del deber le impulsaba a entregarse para, si era preciso, morir como había vivido: sirviendo al Bien y a la Justicia. Por otra parte, su temperamento luchador, impulsivo, violento, le impelían a presentar batalla, a defender su libertad, su vida y su derecho.

La motocicleta se iba acercando. Ya se podía oír perfectamente el ruido del motor. Faltaban pocas yardas.

Moltey continuaba vacilando. ¿Debía combatir en defensa de su honor? Jamás, en su vida, había estado sumido en tan confusas vacilaciones. Y ello le irritaba, exacerbaba su mal humor, agriando su carácter.

Aminoró el ruido del motor cercano. ¡El agente estaba parando! Se acercaba el instante supremo y Moltey no había decidido aún su actitud. Dejaría a la intuición del instante su conducta.

El policía se acercó a la ventanilla que Plevy había abierto. Hablaron un rato, y luego, el agente hizo algunas anotaciones.

Moltey estaba acurrucado en el más oscuro rincón del carruaje, esperando el desarrollo de los acontecimientos. Desde lo más profundo de su corazón deseaba no ser reconocido, y ello no por miedo —su valor estaba hartamente acreditado—, sino por no tener que encontrarse en la terrible situación de rendirse... o disparar.

De repente, un chorro de luz inundó el interior del coche. ¡El agente realizaba una inspección con su linterna!

Douglas permaneció impertérrito. Fue un verdadero alarde de fuerza de voluntad, de dominio de sus nervios; ni un solo músculo de su cara se movió. Nadie hubiese podido adivinar la inmensa angustia que atenazaba su corazón en aquellos momentos. Si disparaba, se convertía en un criminal real y verdadero, merecedor de la silla eléctrica; si se rendía, era la muerte inmerecida y algo peor; la entrega de la mujer amada a Víctor Parotta.

Rogó a Dios que el agente no le reconociese. Los escasos segundos que permaneció iluminado le parecieron una eternidad. Después, un suspiro de alivio, y de nuevo, la oscuridad. Por último, el rugido de un motor que se iba perdiendo en la lejanía.

Moltey se hallaba secándose el sudor del rostro, cuando Plevy habló, volviéndose:

—¡Vaya! Se trataba de una multa por exceso de velocidad. ¡Vamos por la próxima!

Plevy había pasado el día aislado en su granja Wellas, disfrutando de la apacible tranquilidad del campo. Había ido allí huyendo del torbellino de la ciudad, de los ruidos, del movimiento que, jornada tras jornada, machacaban sus nervios. Fue para él un placer no oír la radio, no leer los periódicos; aislarse, en fin, por unas horas, de la vida habitual.

Moltey, por su parte, había permanecido escondido en la choza a que le condujera Lydia hasta que, furtivamente, entró en Nueva York.

Así, pues, no era extraño que ni el uno ni el otro se hubieran enterado de que el inspector Collier lo había aclarado todo y que, por tanto, si la Policía buscaba a Moltey, era, tan solo, para realizar ciertos trámites: Douglas debía salir de prisión legalmente y no como lo había hecho.

—¿Falta mucho? —preguntó Plevy.

—Unas tres millas —dijo Douglas.

Poco después, el automóvil se detuvo. A algunas decenas de yardas se dibujaba, borroso, el contorno de un edificio.

—Convendrá ocultar el coche.

Sin esperar contestación, Douglas puso el vehículo en marcha y, virando, se metió en uno de los campos laterales, avanzando hasta bordear un bosque que se extendía a pocas yardas de la carretera.

A pie volvieron a la carretera, desde donde dirigieron al

automóvil una mirada de satisfacción: las sombras de la arboleda hacían que el coche resultase invisible.

—Vamos —dijo Moltey, decidido.

A paso rápido se encaminaron hacia la casa de Parotta. Cuando casi la habían alcanzado, se oyó el ruido de un motor.

—Aquí, Plevy —urgió Douglas.

Rápidamente se ocultaron tras unos arbustos. La espera no fue larga; un coche se detuvo ante la casa y, tras descender de él, varios hombres se dirigieron hacia el edificio.

—Evidentemente, hombres de Parotta —dijo Moltey.

Pudieron contar hasta siete individuos, o, lo que era lo mismo, siete complicaciones.

El grupo avanzó hacia el edificio. Cuando los hombres se encontraron cerca, se desplegaron, rodeando la casa, tomando posiciones estratégicas a favor del espeso arbolado que embellecía el jardín de Parotta.

Uno de ellos habló en voz baja, aunque Douglas y Plevy pudieron oír lo que decía:

—No descubráis vuestra presencia antes de mi primer disparo.

Ni Moltey ni su amigo comprendían de qué se trataba. Sin embargo, era evidente que iba a haber pelea; por tanto, había que actuar deprisa. Probablemente, Lydia estaba dentro.

Douglas y Plevy se encontraban entre el edificio y el cinturón formado por los hombres de Parotta. Amparándose en la oscuridad de los árboles, les era fácil pasar inadvertidos.

Avanzaron sigilosamente, en medio de las tinieblas, acercándose al edificio por la parte trasera. Cuando llegaron al pie del mismo, Moltey, por señas, indicó a Plevy la ventana. El hermano de Lydia, poniéndose de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo, permitió que Douglas, tras subirse en sus espaldas, alcanzase el alféizar.

Un instante más tarde, ambos estaban en el interior de la casa; el escaló había sido fácil.

—Voy en su busca. Espera aquí —dijo Moltey.

Como Plevy insistiera en acompañarle, agregó:

—Es mejor que al principio vaya yo solo; hay más probabilidades de sorpresa.

Comenzó a avanzar; tenía que hacerlo con mucho cuidado para

no romper el sigilo, pues el piso, cosa extraña en una casa de campo, era de madera y crujía al menor descuido bajo sus pies.

Lentamente, sin separarse de la pared para no perder la orientación, Douglas continuó adelante. Llegó al extremo del muro y, girando noventa grados, siguió; antes o después, había de encontrar alguna puerta. Ello ocurrió más bien después que antes, pero, al fin y al cabo, sucedió. Cuando recorría el tercer muro, la mano de Moltey sintió el contacto con la madera, muy distinta de la frialdad del tabique.

A tientas, logró encontrar el pomo. Despacio, muy despacio, comenzó a girarlo.

Por fin quedó abierto un resquicio de media pulgada. No se filtraba ninguna luz, por lo que Moltey, con movimiento de felino, pasó al otro lado, cerrando de nuevo la puerta.

Se dispuso a actuar. Las tinieblas ocultaban la dura determinación que se dibujaba en su rostro. Todo su ser ardía en deseos de acción. A duras penas se podía contener, y se decía a sí mismo que no debía matarlo antes de hacerle hablar. Aspiró con fuerza. ¡Había llegado la hora de ajustar las cuentas!

Bruscamente, iluminó la habitación con su linterna. Se trataba de un despacho y no había nadie, por lo que, con paso decidido, lo cruzó en dirección a la puerta.

Salió y, al encender de nuevo, se encontró en un pasillo. Comenzaba a avanzar, cuando oyó pasos que se acercaban. Sin pensarlo un momento, entró en la habitación más cercana después de apagar la linterna.

Acercó el oído a la puerta, escuchando. Los pasos se aproximaban cada vez más. Decidió su actuación. Cuando pasase ante la puerta, se lanzaría sobre quien fuese. Con toda probabilidad, Parotta.

De repente, algo le sobresaltó. Fue un levísimo gemido que parecía haber partido de la misma habitación en que se hallaba. Escuchó, esforzándose en afinar el oído.

En efecto: alguien había dentro de la habitación. Y los pasos en el exterior se acercaban.

Moltey permaneció inmóvil, pegado a la puerta. Los pasos se oían ya a la altura del cuarto, pero Douglas no actuó. Poco a poco, se fueron alejando hasta perderse a lo lejos.

Entonces, Moltey, volviéndose de cara al centro del recinto, iluminó bruscamente su interior.

—¡Lydia! ¡Lydia! —Douglas no pudo contener la exclamación.

La muchacha se hallaba en un extremo de la habitación, atada a una silla y fuertemente amordazada. Sus cabellos, despeinados, y los ojos, desorbitados por el terror y el sufrimiento, no fueron óbice para que Moltey la encontrara bellísima.

Douglas, olvidándose de toda precaución se aproximó a la muchacha, besándola con cariño. Tras las primeras efusiones, procedió a libertarla.

—¡Douglas! —exclamó ella, en cuanto pudo hablar.

Después se lanzó en los brazos del agente.

Moltey la estrechó con ternura.

Douglas se sintió feliz. Olvidándose de todo lo que les rodeaba, del peligro y la asechanza, se dedicó a hacerla el amor. Allí, en medio de la oscuridad —la linterna yacía en el suelo, apagada—, se sentía dichoso, acariciándola y besándola con dulzura. ¡Aquello era la felicidad! Moltey se consideraba resarcido de todas las penalidades sufridas.

El ruido de los pasos, que volvían, le trajo de nuevo a la realidad. A tientas recuperó su linterna; después se colocó tras la puerta, en espera de los acontecimientos. Lydia, asustada, se había acurrucado, apretándose junto a él.

—Espérame aquí, Lydia —dijo Moltey—. Si te molestan, dispara —agregó, al tiempo que la entregaba la pistola.

Despacio, abrió la puerta. Los pasos sonaban muy cerca. Todavía esperó un momento y después se lanzó sobre el que avanzaba.

El hombre era duro y, reaccionando instantáneamente, respondió a la agresión. Como dos colosos lucharon en silencio, buscando, en la oscuridad, el golpe decisivo.

Por dos veces estuvo Moltey a punto de perecer. La primera, cuando su contrincante le acertó un magnífico directo en la mandíbula; la segunda, mediante un golpe bajo, que le arrancó un gemido de dolor. Pero Douglas era del F. B. I.

o, lo que era lo mismo, imbatible. Al fin se impuso.

Rodaron por el suelo, fuertemente sujetos. En la ocasión en que Moltey logró colocarse sobre su adversario, aquél quedó vencido.

Douglas pegó, y fuerte. El enemigo cesó en su resistencia.

—¡Lydia —cuchicheó el agente especial—: enciende la linterna!

La sorpresa se reflejó en el rostro de Moltey al contemplar al adversario caído.

—¡Plevy! —exclamó.

Aqué!, bufando y maldiciendo entre dientes, explicó:

—Ante su tardanza, decidí ir en su ayuda. ¡Maldit...!

No llegó a concluir la exclamación ni tampoco pudo preguntar a la muchacha. En aquel momento, muchas cosas sucedieron a la vez.

Del exterior llegó el fuerte zumbido de las sirenas de los coches de la Policía. Casi a la vez, se organizó un tiroteo muy intenso.

En la habitación se hizo, de repente, la luz. Un hombre corpulento y alto, armado con una metralleta, contemplaba la escena.

—¡Vaya; todos reunidos! —exclamó Parotta.

Pero la sonrisa que afeaba su rostro desapareció al darse cuenta de lo que sucedía fuera de la casa. El «boss» comprendió que era el inspector Collier, del

F. B. I.,

quien, no satisfecho con desenmascararle, se disponía ahora a darle caza. Le tenía acorralado y trataría de capturarlo como a una alimaña dañina. ¡No sería tan fácil!

Moltey comprendió que Parotta dispararía de un momento a otro, para librarse de ellos. Unos segundos supondrían la vida o la muerte. Douglas, reaccionando rápidamente, dijo:

—Escuche, Parotta: lo nuestro puedo esperar. Fuera está la Policía, que viene por mí; pero usted no saldrá muy bien librado.

El «boss» sabía que la Policía no buscaba a Douglas, pero se cuidó bien de no desengañarle.

—Defendámonos. Luego saldremos lo nuestro —insistió Moltey.

Parotta vacilaba. No es que le hubiese importado aliarse con el diablo en contra de la Policía, pero no estaba seguro de que no se tratase de una treta.

La metralleta de Víctor apuntaba a los tres amigos.

Del exterior llegó el estruendo del combate; el tiroteo se intensificaba. Eran los hombres de Víctor, que se defendían. Aquello decidió a Parotta.

—De acuerdo —dijo, bajando la metralleta.

Moltey aún no había decidido su actuación; pero, por de pronto, había salvado la vida de Lydia.

—Aquí —dijo el «boss», señalando una ventana, a la vez que entregaba una pistola ametralladora a Moltey—. Y ustedes —agregó— no se muevan.

La defensa quedó bien organizada.

En aquel instante, Parotta enfocó a los asediantes con un potente reflector. Era evidente que el criminal tenía bien acondicionado su refugio para un caso como aquél.

Aprovechando la luz, Parotta disparó su «Thompson», causando numerosas bajas entre los agentes, que se hallaban a descubierto. Aquéllos hubieron de retirarse.

Moltey, lentamente, levantó el arma, apuntando contra la Policía. En aquel momento, por medio de altavoces, hablaron desde el exterior. Douglas reconoció enseguida la voz del inspector Collier.

—Moltey —decía aquél—: si estás aquí, ayúdanos. Se ha demostrado tu inocencia. ¡Compórtate como un agente del F. B. I.!

Una mueca de amargura se reflejó en el rostro de Douglas. ¡Qué añagaza más simple! Creían que le iban a coger otra vez...

Douglas continuaba apuntando, con el dedo en el gatillo, pero sin disparar. Una fuerza interior le contenía, avisándole que no cometiera tamaña locura.

En aquel momento, tras él, habló Lydia.

—¡Dougly, Dougly! —suplicó Lydia.

Moltey respondió desabrido:

—¡Sí; claro, y que me tuesten! —Inmediatamente se arrepintió de su brusquedad—. Perdona, Lydia; estoy nervioso —agregó.

La muchacha, sentada en el suelo, lloraba silenciosamente, apoyando su cabeza en las piernas de Moltey.

El joven continuaba con el arma preparada. En aquel momento, Parotta disparó, haciendo blanco.

En el exterior, la lucha estaba en todo su apogeo. El tiroteo era intensísimo, y las bajas, numerosas por uno y otro lado.

De pronto, el altavoz se dejó oír de nuevo. Moltey pudo reconocer la voz de Harry Wear.

—Moltey —decía—: te hablo yo, tu amigo. Colabora con

nosotros. ¡Sabemos que eres inocente!

Moltey se sintió apesadumbrado. ¡Cómo le debía odiar su antiguo amigo para colaborar así a buscar su muerte!

«Es claro —se decía Douglas—. ¡Me cree el asesino de su padre!».

Un sollozo escapó de su garganta. ¡Nadie podría comprender su drama interior!

De repente, los acontecimientos se precipitaron, haciéndole olvidar la angustia de sus sentimientos.

Harry Wear avanzaba, solo y desarmado, hacia la casa de Parotta. La Policía le cubría con su fuego continuado, pero las balas de los «gángsters» silbaban a su alrededor, poniendo de manifiesto lo descabellado de su actitud.

Douglas no pudo contenerse.

—¡Detente, Harry; te matarán! —exclamó—. Quédate en tu campo y yo en el mío. Las circunstancias lo han querido, amigo —agregó.

Harry continuó avanzando, imperturbable. Sabía que iba hacia una muerte casi cierta, pero no le importaba, si con ello lograba salvar a su amigo. Wear no podía olvidar que había sido él mismo quién había acusado durante el proceso, influyendo en el ánimo del Jurado para que le condenaran a la silla eléctrica. El dolor por la muerte de su padre lo había cegado. Ahora lo comprendía y se consideraba culpable de la situación en que se encontraba su amigo.

—¡Detente, Harry!

Moltey seguía el avance verdaderamente angustiado.

Wear continuó adelante. No vacilaría ante nada. Moltey habría de creerle y salvarse.

—¡No seas loco! ¡Detente! —chilló, otra vez, Douglas.

Lydia, sujeta fuertemente a Moltey, contemplaba, horrorizada, la escena.

Las balas silbaban alrededor de Wear. Éste sentía las mismas sensaciones que cuando se hallaba en la guerra. Recordaba la batalla del Rhin, la aventura del «bunker» junto a Moltey y Parotta, la victoria en Berlín... Continuaba adelante. En aquel momento no era el abogado amargado que desfiguraba la realidad en su mente desdichada: era Henry, el Henry de otros tiempos.

Parotta esperaba, con el arma en la mano. Dentro de breves

instantes, Wear, el suicida, entraría en su línea de fuego.

—¡Para, Wear; vuelve a tus líneas! —Moltey se desgañitaba.

Llegó el instante justo. Parotta oprimió el gatillo. Un rosario de balas se proyectó sobre el pecho varonil de Harry Wear.

Éste sintió, de repente, una tras otra, una rápida ráfaga de punzadas hirientes. Después, vaciló. La vista comenzó a nublársele; las piernas se negaban a sostenerle. Perdía el equilibrio... las fuerzas... Todo se volvía confuso... Se sumía en las tinieblas...

—¡Harry! —bramó Moltey.

Wear se hallaba tendido en tierra. Sus pensamientos se oscurecían muy deprisa. Recordó el «bunker», en el Rhin... «Hay que aguantar, yanqui...». «Aguantaremos, inglés...».

—Perd... dona... Doug... 1... as...

No dijo más. Sus ojos, vidriosos, quedaron mirando a las estrellas, con la fijeza de la muerte.

Moltey, en el paroxismo del furor, se iba a lanzar contra Parotta.

El «boss», aprovechando la tragedia que se desarrollaba en la parte frontal de la casa, se disponía a huir. Ya se estaba descolgando por una ventana trasera...

De repente, Douglas comprendió su deber. ¡No importaba que los de fuera trataran de engañarle, de detenerle y de ejecutarle! En aquellos momentos, Moltey veía con claridad. ¡Hasta muriendo en la silla eléctrica se podía servir a la Justicia!

Su pecho se henchió. Toda su figura quedó erguida, alta la cabeza, cuando tomó su decisión: «Detendré a Parotta y me entregaré. Si no se aclara la verdad y me ejecutan, moriré como un agente del

F. B. I.».

Aquellas tres letras surtieron en su espíritu un efecto mágico. Todas las dudas, todas las vacilaciones desaparecieron de su ser. Su lema volvió a ser el de siempre: «¡Luchar con el

F. B. I.!».

Sin pensarlo más, se lanzó tras Parotta. Éste había logrado ya descolgarse y huía por el jardín, ocultándose entre los árboles; hasta el momento logró pasar inadvertido.

Mientras tanto, los agentes comenzaban a avanzar hasta la casa, estrechando el cordón que la cercaba. Los hombres del «gang» habían muerto casi todos; los demás se replegaban.

Moltey se internó entre el arbolado. Podía oír, pocas yardas ante él, el crujir de hojas producido por las pisadas de Parotta.

Súbitamente, sonó un disparo. Un proyectil silbó sobre la cabeza de Douglas. ¡Parotta presentaba batalla!

Pulgada a pulgada, ciego en medio de las tinieblas de la noche, Moltey se aproximaba hacia donde debía estar su adversario. Ya no se oían crujidos, de donde se deducía que Parotta se había detenido y esperaba, expectante.

La emoción embargaba a Douglas; de nuevo se hallaba dominado por el placer de la guerra, de la lucha y, a ello, se sumaba la alegría de combatir por el

F. B. I.

Habían rebasado hacía rato la línea de agentes; así, pues, Parotta estaba libre. Tan sólo le faltaba un pequeño obstáculo: eliminar a Moltey.

Douglas se desorientó; ya no tenía la menor idea del lugar donde pudiera estar emboscado su enemigo. Para descubrirlo, utilizó una sencilla, pero eficiente estratagema; extendiendo la mano cuanto pudo, removió el follaje de un árbol. Casi en el mismo instante en que él se lanzaba al suelo, una ráfaga de ametralladora barrió el espacio que había ocupado el extremo de su brazo.

Aún no había cesado el resplandor de los disparos, cuando Moltey ya se lanzó sobre las espaldas de Parotta. Hubiera podido matarlo, pero no, quería entregarlo vivo a la Justicia, que sufriera todo lo que le había hecho pasar a él, padeciendo las horas trágicas anteriores a la ejecución. Que supiera lo que era sentirse un hombre fuerte, vigoroso y esperar la muerte, inevitable, fatal, para un momento determinado y prefijado.

Con la sorpresa del ataque, Douglas derribó a su adversario. Pegó y pegó con furia y con rabia. Su fuerza se centuplicaba, como la del loco, y, con saña inaudita, golpeaba, castigando el cuerpo de su enemigo. Lo hacía descargando con sus golpes todo el furor que sentía por la muerte de Harry Wear, su gran amigo, al que aún parecía estar viendo en el momento de caer herido de muerte por las balas asesinas.

Pegó y pegó, cegado por la ira durante no sabía cuánto tiempo; los minutos no contaban para Moltey que, inconscientemente, estaba desahogando toda la amargura y las vejaciones sufridas por

culpa de aquel canalla. Su puño descargaba los golpes con fuerza, desfigurando el rostro de su contrincante, que había llevado la peor parte desde el primer momento. El odio era el mejor aliado de Douglas.

Moltey no se había dado cuenta de que hacía rato que había cesado el tiroteo; de que el silencio más profundo había vuelto a reinar en los alrededores.

Los bandidos habían sido derrotados, la casa asaltada, los maleantes detenidos. En aquel momento se procedía a retirar los muertos de uno y otro bando, que eran numerosos.

Douglas continuaba encarnizándose con su adversario y hubiera seguido, si algo no le hubiese vuelto al mundo de la realidad.

—¡Dougly, Dougly! —La llamada de Lydia llegaba muy débil a oídos de Moltey.

Se levantó y, arrastrando a su enemigo, que había quedado hecho un guiñapo, comenzó a caminar, jadeando, a consecuencia del esfuerzo realizado.

No se oía nada y, sin embargo, Moltey estaba convencido de que la Policía estaría buscándolos. Probablemente, habrían iniciado una batida en todas direcciones, las carreteras estarían cortadas, los aeropuertos y estaciones de ferrocarril vigiladas y, en fin, todos los agentes y recursos del Estado, alertas.

Súbitamente quedaron iluminados por un potente faro.

—¡Entréguese! —ordenó una voz.

Moltey avanzó con lentitud. Después, depositando el pesado fardo humano, que transportaba, a los pies del inspector Leo Collier, dijo tan sólo estas palabras:

—Aquí está Parotta... Aquí estamos los dos.

Al tiempo de decir aquello último, extendió sus manos para facilitar que le pusieran las esposas.

Fue un momento de intenso dramatismo, de profunda emoción. Lydia contemplaba la escena, llorando en silencio.

EPÍLOGO

Ya a bastantes yardas de distancia se podía observar que algo extraordinario acontecía en Centre Street, en la sede del F. B. I.

Numerosas personas afluían a dicho lugar. Los agentes uniformados que prestaban servicio al exterior se habían esmerado en la limpieza de su vestuario y, en número superior al habitual, indicaban a los recién llegados, extraños a los servicios del centro, el camino a seguir para que no se perdieran en el intrincado laberinto de pasillos y salas que constituían el interior del edificio.

El salón de actos del Federal Bureau of Investigation se hallaba profusamente iluminado y engalanado como en los días más solemnes. Gran cantidad de personas llenaba el lugar: agentes especiales con sus madres y esposas, sus novias...

En el lugar de honor, sobre un estrado situado en el ángulo superior derecho del amplio recinto, una lujosa mesa y varios sillones vacíos.

El murmullo de voces y cuchicheos cesó repentinamente, haciéndose un profundo silencio.

El Jefe del Estado Mayor del Federal Bureau of Investigation, acababa de entrar, dirigiéndose hacia la presidencia.

No se oía el vuelo de una mosca. La emoción embargaba todos los espíritus. Los concurrentes contuvieron el aliento cuando el Jefe Superior, comenzó a hablar.

—¡Agente especial Douglas Moltey! —llamó.

Visiblemente impresionado, el joven avanzó hacia el estrado presidencial, agradeciendo la seña amistosa que le dirigió Leo Collier, sentado a la derecha del Jefe.

Cuando Moltey hubo llegado ante él, aquél dijo:

—Voy a dar lectura al telegrama enviado por nuestro director.

A continuación leyó:

«Me complace en felicitar a Douglas Moltey, agente especial del
F. B. I.,
por su ejemplar sentido del deber».

Estas solemnes palabras, embargaron a los asistentes. Las mujeres no ocultaban sus lágrimas, mientras los hombres procuraban aparentar serenidad.

El Jefe del Estado Mayor, tomó de nuevo la palabra:

—En premio a los servicios prestados y como retribución a los méritos contraídos, vengo en nombrar a Douglas Moltey, inspector del

F. B. I.

Éstos son los héroes de la Paz que, como los de la Guerra, permiten el mantenimiento del orden y tranquilidad de la nación.

Una estruendosa salva de aplausos acogió las últimas palabras del Jefe. Leo Collier se había levantado y, olvidándose de todo género de convencionalismos, abrazaba a su amigo hasta entonces subordinado y ahora igual a él.

Docenas, centenares de agentes especiales se abalanzaban sobre Moltey, pugnando por estrechar su mano por abrazar al héroe; todos se sentían un poco culpables de haber albergado alguna sospecha respecto a la intachabilidad de su conducta.

Moltey, dejando que las lágrimas corrieran libremente sobre su rostro, atendía a unos y a otros... hasta que se fijó en cierta personita que, silenciosa, emocionada, contemplaba el momento triunfal de su prometido, desde un asiento de primera fila.

Una muralla humana se interponía entre ellos; una barrera infranqueable los separaba. Sin embargo, de repente, Lydia se sintió levantada, cogida por la cintura y Moltey la abrazó.

—¡Dougly! —exclamó ella, rebosando felicidad.

A los pocos instantes la feliz pareja se encontraba en algún lugar solitario cruzándose mutuas promesas de amor.

¿Cómo había ocurrido aquello? Huir de tanto amigo... ¡Era un milagro!

No hay que olvidar que nada es imposible para un inspector del
F. B. I.



EDITORIAL ROLLAN

en su afán noble de poner al alcance de todos los públicos, por muy reducida que sea su capacidad económica, las mejores obras inéditas de los autores de fama internacional, sacrifica sus intereses al crear la inigualable Colección

NOVELISTAS DE HOY

un verdadero alarde editorial por su presentación exquisita (toda la cubierta dibujada por mano maestra, impresa en offset a seis tintas y con solapas), en especial tamaño de bolsillo y al precio ínfimo de CINCO pesetas.

COLABORADORES DE

NOVELISTAS DE HOY

Ignacio AGUSTI, Pío BAROJA, Tomás BORRAS, Fernando CASTAN PALOMAR, Camillo José CELA, Francisco de COSSIO, Darío FERNANDEZ-FLOREZ, Wenceslao FERNANDEZ-FLOREZ, Alberto INSUA, Carmen LAFORET, Alvaro de LAIGLESIA, Rafael LOPEZ DE HARO, José MONTERO ALONSO, José María PEMAN, Manuel POMBO ANGULO, Juan PUJOL, Felipe SASSONE, Francisco SERRANO ANGUITA, Luis Antonio de VEGA, José Antonio de ZUNZUNEGUI y otros autores famosos

1.º CENTENARIO TRIUNFAL del **F. B. I.**

EDITORIAL ROLLAN celebra cumplidamente
la publicación del número 100 de su magnífica
e inigualable

Colección F. B. I.

y hace partícipe del éxito a sus lectores asiduos.
brindándoles la mejor novela que nunca se ha
editado, con las siguientes características:

TÍTULO: YO, DIRECTOR del F. B. I.

AUTOR: ALF MANZ

**Presentación: DIBUJO EN CUBIERTA COMPLE-
TA Y A TODO COLOR.**

Páginas: DOSCIENTAS VEINTICUATRO.

Precio: OCHO PESETAS.

**Tema: LA VIDA INTIMA DEL ASTUTO Y
AUDAZ DIRECTOR DEL F. B. I.
JOHN EDGAR HOOVER, DESCRIBIEN-
DOSE FIEL Y EMOTIVAMENTE EL
FUNCIONAMIENTO INTERNO DEL F. B. I.**

ADQUIERA EN QUIOSCOS Y LIBRERÍAS EL GRAN
EXTRAORDINARIO DEL F. B. I.

YO, DIRECTOR del F. B. I.

por

ALF MANZ

EL UNOLVIDABLE AUTOR DE "CULPABLE"

HA APARECIDO

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una novela incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

